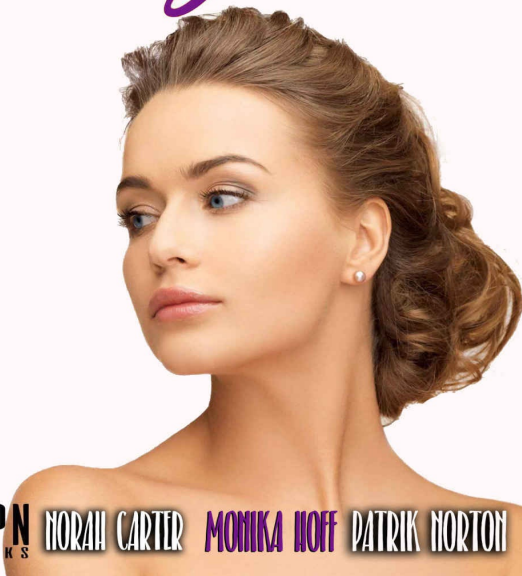




Un juego muy
Peligroso

LIBRO-3



MPN
BOOKS

NORAH CARTER

MONIKA HOFF

PATRIK NORTON

Un juego muy peligroso
3

Norah Carter—Patrick
Norton —Monika Hoff

Título: Un juego muy peligroso 3

© 2017 Norah Carter — Patrick Norton —
Monika Hoff

Todos los derechos reservados

1ª Edición: Enero, 2017.

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

Capítulo 1

No, no me lo podía creer. Sola en esa celda, con esa chica que, gracias a Dios, se la llevaron rápido. Mi cabeza iba a reventar. Ahora tenía que esperar ahí a pasar a disposición del juez. La noche era un calvario. Por un lado, odiaba a Ethan con todas mis fuerzas. Por otro, pensaba que era un sueño. Esa cama fría me daba asco, era incapaz de acostarme sobre

ella. Pasé toda la noche en el suelo sentada, lloraba sin consuelo, no se me quitaba de la mente la imagen de mi padre derrumbado. Era un dolor muy grande.

Por la mañana, escuché que venían hacia la celda. De repente, apareció Bruno y me derrumbé. Era incapaz de recriminar nada. Solo quería respuestas.

—Bruno ¿Tú eres comisario de verdad? — dije mientras el abría la celda con un policía nacional y yo me agarraba a

los barrotes desesperada esperando respuesta.

—Soy el jefe de Narcóticos, del departamento antidroga — dijo mientras terminaba de abrir la puerta y me cogía para abrazarme.

— ¿Qué está pasando Bruno?
¿Por qué me dijo que era juez?
¿Por qué lo acusan de narco?
— pregunté desesperada agarrando su camisa.

—Escúchame, Maika. Vamos ante el juez. Tengo en mi poder

el contrato que firmaste con Ethan para estar un año trabajando con él. También me dio tu amigo Marcelo todos los papeles de tu vida laboral. Avisé a tu abogado y me he reunido con él. Quiero sacarte de esto hoy mismo. Vamos para el juzgado y di toda tu verdad, que te enamoraste de él y lo que te contó. Hazme caso, no digas nada que no sea eso.

—Entonces... ¿Es verdad lo que él me contó y que ahora lo están metiendo en otro lío?

—No, no es verdad lo que te conté, pero tampoco es un narcotraficante exactamente. Es muy difícil de explicar. Prefiero que lo haga él, ahora vamos primero a intentar sacarte de esto.

—No entiendo nada — dije siguiéndolo mientras él pedía al policía que no me esposara.

—No te lo digo más, céntrate en ti, deja que te saquemos de ésta y ya hablaremos. Entenderás muchas cosas.

—Bruno, lo odio — dije
metiéndome en el coche.

—Lo sé, pero yo lo quiero
como un hermano. Confío en él
más que en nadie en este
mundo y créeme... lo apoyo.

—Y a ti ¿Por qué no te han
detenido?

—Contra mí no tienen nada.
Estoy ayudando en la
investigación.

—Sigo sin entender nada.

—Bueno, prometo que, si sales libre por esa puerta, quedo contigo y te cuento todo, luego tú decides si ver a Ethan o no.

—No lo quiero ver, esto no se lo perdono y si no salgo del juzgado, dile de mi parte, que ojalá se muera — mis palabras estaban llenas de rabia cuando solté aquello por mi boca.

Bruno ya no dijo nada.

Callamos durante el resto del trayecto hacia los juzgados.

El coche se detuvo después de media hora y unos agentes que me iban a escoltar abrieron la puerta del coche para que bajara. Bruno no me acompañó. Lo miré desde afuera y su rostro transmitía confianza.

Pero yo me estaba sintiendo como si fuese una asesina, como si fuese una delincuente muy peligrosa a la que llevan años persiguiendo. Y yo no era más que una estudiante fracasada, una dependiente de una tienda de ropa, de esas

tiendas que hay a miles en cualquier lugar del mundo. Ahora estaba allí, en un juzgado. Sería condenada por una serie de delitos que yo ni siquiera conocía. Quizá me habían involucrado en una serie de acciones criminales de las que yo no era consciente.

Joder, yo no hice nada malo. Yo no apunté con un arma a nadie. Ni amenacé, ni chantajeé. Solamente me enamoré de un tipo que me dijo que era juez. De un

hombre que quiso ser amable y generoso conmigo. Ciertamente es que su personalidad a veces era cambiante y existía la sospecha de que me ocultaba algo.

Pero, ¿narcotraficante? No daba crédito. ¡Qué cojones estaba pasando con ese hombre y qué demonios estaba pasando conmigo!

Sentí la humillación. Obedecía y arrastraba los pies como una autómatas. No sabía qué iba a ser de mi vida. Pero se me paraba el corazón con solo

pensar que podía acabar en una celda, teniendo como compañera a una asesina o a cualquier mujer violenta.

Temblaba con el hecho de que podía pasar el resto de mi juventud entre rejas.

No. No podía ser verdad.

Hacía muchos años que no pisaba una iglesia. Hacía muchos años que no rezaba y ahora lo estaba haciendo. Le rezaba a Dios, donde quiera que estuviese, para salvar mi alma, para salvar mi vida.

El destino había sido cruel conmigo y ahora estaba

entrando a un edificio donde alguien, una autoridad, iba a decidir sobre mi futuro. ¿Me darían la oportunidad de explicar por qué había acabado allí? ¿Me darían esa oportunidad? Lo esperaba.

Un pasillo frío y gris recorría aquel edificio por donde yo caminaba. Me escoltaban los agentes, en silencio. A veces me miraban a los ojos de una manera fría y aquellas miradas eran desalentadoras para mí. Estaba condenada antes de ser juzgada.

El pasillo parecía no tener fin. La luz apenas entraba y unas luces de neón flanqueaban mi andadura hasta la sala número ocho. No olvidaré nunca ese número. El número ocho. No tenía hambre. No tenía sueño. Solo tenía sed. Mucha sed. Me faltaba el aire. Mi cuerpo era una cárcel. No necesitaba ninguna celda. No necesitaba a ningún acompañante en esa celda que me hiciera la vida imposible. No necesitaba nada de eso. Yo me estaba torturando a mí misma de tal forma que sentía

que iba a desfallecer, que, en cualquier momento, podía desmayarme allí mismo. La cabeza me daba vueltas. No veía con claridad. Sudaba. Olía mal. Nunca antes había sentido esta clase de sensaciones.

No quería pedir agua. No quería pedir nada. Solamente quería avanzar hacia esa puerta donde me enfrentaría a la verdad, a mi verdad, a la verdad de Ethan. Una funcionaria nos abrió la puerta. Una mujer sin sonrisa, una

mujer que quiso mirarme a la cara.

¿A cuántas mujeres y hombres como yo habría abierto la puerta hacia el infierno?, pensé por un instante.

Uno de los policías que me acompañaba empezó a tararear una canción como si aquello que me estaba pasando le importase una mierda, como si el hecho de entregar a una persona a un juez fuese otra actividad rutinaria en su vida: pasear con su mujer, merendar en una hamburguesería con sus hijos.

Entramos a una sala grande.
Las bancadas estaban vacías.
Mi padre, con traje, esperaba
junto a su abogado en un
extremo de la sala. Yo fui al
centro. Me dejaron allí. Sola.
Sin esposas.
Me daba vergüenza mirar a mi
padre en aquel lugar. Él sí lo
hizo. Le temblaban las manos.
Lo pude observar.
Curiosamente, nada de lo que
había alrededor era percibido
por mí con claridad suficiente,
pero las manos de mi padre, su
rostro pálido, sus ojos
vidriosos, esos detalles, no se

me escapaban.

Joder, ¿qué estaba haciendo yo allí?, volví a repetirme. Como si alguien pudiera escucharme dentro de mi cabeza. Pero dentro de mi cabeza no había nada, nada de nada. Nadie.

Dentro de mi cabeza solo estaba yo. Y la celda. Y aquella mujer que no dejaba de mirarme dentro de la celda.

¿Era eso lo que me esperaba de ahora en adelante? Dos años, tres, cuatro, cinco, toda la vida. Esperaba que no.

Esperaba que el abogado de mi padre pudiera hacer todo lo

posible por sacarme de aquel agujero.

Me senté en la silla de madera.

Mi cuerpo. Sin tensión.

Mojado. Frío. Un micrófono ante mis ojos. Un micrófono por el que debía contestar a todo lo que me preguntaran.

¿Quién me iba a formular las preguntas? Esa juez que acababa de entrar, con cara de pocos amigos. Una mujer, un poco mayor que yo. Poco. Me levanté. Vi el respeto en los ojos de aquella mujer.

Escuchaba la respiración ansiosa y violenta de mi padre.

El abogado iba de punta en blanco, como si fuese el padrino de una boda.

La juez me miró de arriba a abajo antes de pedirme que me sentara. Me miró antes de pronunciar mi nombre.

Intervino mi abogado y el fiscal al que no había visto hasta que abrió la boca. Un tipo feo, cincuentón. Qué mal le sentaba el traje. Si lo hubiese visto Marcelo, pondría el grito en el cielo.

¿Y Marcelo? ¿Qué diría si me viera en esa situación? Pues diría cosas como: “Es que

estás muy loca”. “Es que, con esa ropa que me llevas, es normal que te detengan”, “Es que no se puede ir por la vida sin bragas y sin carnet”.

No era momento para bromas. No era momento para nada.

Miraba a mi alrededor. Y solamente veía a mi padre y las paredes, las mismas paredes que había visto en la comisaría, las mismas paredes que había visto en la celda junto a aquella mujer que quiso asesinarme con la mirada.

Me acerqué al micrófono. Dije mi nombre. La voz no salía de

mi garganta. Estaba seca. Ya lo he dicho. Solo tenía ganas de beber agua. De evaporarme.

La juez me hizo muchas preguntas y yo conté quién era, cómo había conocido a Ethan, cómo había sido capaz de firmar un contrato (menuda imbécil estaba hecha), cuánto tiempo había estado con aquel cabrón, detallé algunas de nuestras conversaciones.

Algunas eran conversaciones íntimas, muy íntimas. Y mi padre lo escuchaba todo.

No quise mirarlo cuando

declaraba todo aquello, el contrato, el arma, Costa Rica, París, mis miedos.

Escuché el ruido del viento en mi cabeza. Pero allí no había viento. No estaba afuera.

Delante del mar. No. Estaba en un puto juzgado delante de una juez que miró al fiscal con firmeza y luego miró a mi abogado.

La juez asintió. Cerró su carpeta. Se levantó. No recuerdo qué dijo exactamente porque yo estaba aturdida. La ansiedad me golpeaba como si yo fuese un saco de boxeo.

Pero escuché lo que tenía que escuchar.

—Puede marcharse. Esto ya ha terminado — dijo la juez con voz neutra, maquinal.

Miré a mi padre que abrazaba a su amigo. Miré al fiscal y ya no estaba. Mi padre venía hacia mí con una alegría desmedida y entonces volví a escuchar el viento dentro de mi cabeza, y me desmayé.

Caí al suelo.

Los policías que estaban detrás de mí no se percataron

de que ya no eran policías,
sino unas vagas sombras que
se habían evaporado, como lo
estaba haciendo yo en ese
instante.

En la oscuridad, oí voces que
se confundían.

—Hija, ¿qué te pasa? No me
asustes.

—Será un bajón de tensión.
Ha estado sometida a una
situación demasiado
estresante — dijo un policía
o alguien que yo asociaba en

aquel momento a un policía.

—Hija, despierta.

¡Despierta! ¡No me des este disgusto!

Yo quería desaparecer y mi cuerpo actuó en consecuencia. Desaparecí y desperté en un hospital. Desperté, si se puede llamar “despertar” a abrir los ojos y darte cuenta de que había estado en comisaría, que a punto estuvo de ir a la cárcel, que follé con un mentiroso todas las veces que me dio la gana, que puse en

peligro mi vida las mismas
veces que follé con aquel
farsante

Despertar era eso, darme
cuenta de la mierda de tía que
era.

—¿Cómo te encuentras,
Maika?

Era la voz de mi hermana
Arantxa, la dócil, que me
miraba con ternura, que me
acariciaba la frente como si
fuese una de esas muñecas con
las que jugábamos de pequeña
y que mi padre y mi madre nos

compraban en la juguetería de mi tío Marcos.

—No puedes darnos estos sustos. Dime que estás bien — la voz de Arantxa era música para mis oídos.

—Perdonad, no sé qué me ha pasado —susurré con un hilo de voz que ni siquiera yo escuché.

—No hables ahora. Intenta dormir un poco más — repuso Arantxa sin dejar de acariciarme.

Sentí de repente una presión en mi mano derecha. Era la presión de otra mano que me agarraba con cariño y con ternura. Era la mano de mi padre y yo comencé a llorar cuando lo vi. Estaba avergonzada. Como lo estaba en el juicio. Como lo estaba en comisaría.

—No llores, Maika. No llores, por favor.

—Papá, solo te he dado disgustos durante estos años.

—No digas eso.

—Es verdad, papá. Solo te he dado disgustos. Uno tras otro — dije yo sollozando.

—Eres mi hija y te quiero. Errores cometemos todos.

—Sí, pero esto no es un error. La jodí bien. Podía haber muerto, papá. Podía haber hecho cosas horribles al lado de ese hijo de puta.

—Hija, no es momento de

lamentaciones. Cálmate y no digas esas cosas. Sabes que no me gusta escucharte decirlas. Te afean.

—Papá, te he fallado. Os he fallado a todos. Estoy como una puta cabra. Estoy loca. Muy loca. Y Ethan me ha manipulado. Se ha aprovechado de mí. ¿Cómo pude estar tan ciega y hacerle caso a ese malnacido?

—Maika, vale ya. No digas esas cosas. No hables así de ese joven.

—Papá, pero ¿qué estás diciendo? —pregunté extrañada cuando le oí decir que no hablara así de Ethan.

—Maika, todo a su debido tiempo. Descansa. Haz caso a tu hermana. Intenta dormir un poco más.

—Sí, duerme un poco más y no hables, porque los niveles de ansiedad se disparan

—intervino Arantxa con tono maternal.

Me callé durante unos minutos.
Mis ojos recorrían toda la
habitación. Paredes blancas.
Una tele encendida con un
absurdo programa de
televisión donde un político se
enfadaba con un periodista
hasta el punto de que el
político se marchaba del plató.
Bebí agua. Una enfermera muy
delgada me tomó la
temperatura y se marchó como
si fuese un fantasma. En
silencio. Sin molestar a nadie.

—Papá, ¿qué me ocultas?

—Maika, no seas pesada.
Quédate tranquila. La juez te
ha soltado. Da gracias a
Dios.

—Papá tiene razón. No te
comas la cabeza con más
preguntas.

—Me siento fatal. Me siento
sucio. Odio mi cuerpo. Odio
cada centímetro de piel de mi
cuerpo. Odio todo lo que ha
tocado Ethan.

—Tienes que recuperarte.
Eso es lo que importa ahora,

¿me oyes? — dijo Arantxa con voz triste.

—¿Te acuerdas, hermana, de cuando éramos pequeñas y jugábamos con nuestras muñecas?

—Claro que me acuerdo.

—Éramos felices. No sabíamos nada del mundo. Pensábamos que nunca iba a pasarnos nada malo.

Arantxa sonreía y me miraba pacientemente.

—Sí, éramos felices, pero tú ya eras una rebelde. No te digo las cosas que le hacías a las muñecas.

—Sí, con cinco años, ya demostrabas que tenías carácter — intervino mi padre con una voz alegre.

—Un día se enfadó conmigo y les arrancó la cabeza a todas las muñecas y las guardó en una caja de zapatos — comentó Arantxa riendo.

—Es verdad, durante un mes estuvimos jugando con las muñecas sin cabeza — dije yo más animada.

—Sí, era todo muy tétrico. Las bañábamos, las vestíamos, y nada más. Sin cabeza, no se podían peinar ni podíamos sacarlas de paseo al parque, ¿verdad, Maika?

—Me porté muy mal contigo cuando éramos pequeñas.

—Además, me volví loca

buscando las cabezas porque nunca confesaste dónde las habías escondido.

—Madre mía, estaba igual de loca que ahora — dije yo con resignación en voz baja.

Me escocía la garganta y, aunque no tenía fiebre, sentía que mi cuerpo ardía, como si el fuego circulara por mis venas. Mientras hablábamos, mi madre entró a la habitación con Alejandra.

Durante todo este tiempo, no me había acordado de mi

madre. Miento. No quería acordarme de mi madre. Tenía que estar destrozada. Mi padre aguantó el tipo, pero, si mi madre hubiese estado en el lugar de mi padre, habría sido hospitalizada antes que yo. Mi madre sufría por todo y, sin embargo, eso nunca me persuadió de hacer las locuras que hacía.

Mi madre entró sin lágrimas en los ojos, pero se notaba que había estado llorando y mucho. Se notaba que Alejandra la había calmado antes de que entrara a la habitación.

Mi amiga estaba radiante.
Maquillada. Vestida de rojo.
Con el pelo recogido para que
destacara la belleza de su cara,
me besó en la mejilla y me
cogió la mano que mi padre
había soltado para salir de la
habitación junto con Arantxa.
Mi madre no dijo nada al
principio. Alejandra fue la que
inició la conversación.

—¿En qué líos te metes?

—Lo sé. Tenías razón. Ethan
era un mentiroso. Me
ocultaba algo. Lo que no

sabía es que fuese
narcotraficante.

—No pienses en eso ahora.
No merece la pena. Lo que
quiero es que salgas de aquí
cuanto antes. Por dos
razones.

—¿Qué dos razones? —
pregunté con cierto estupor.

—Una, porque tenemos que
irnos de compras las dos
juntas. Dos, porque, en este
hospital hay cada pedazo de
médico y de enfermero, que

me tienen loca.

—No seas payasa, tía. Está mi madre delante.

—Ay, perdona. No me había dado cuenta.

Pero mi madre se limitó a sonreír y a mirar la escena desde una distancia prudente.

—Me voy, Maika.

—Solo quería venir a saludarte y a comprobar que estabas bien. No tardes en

llamarme, por favor.

Tenemos que hablar de muchas cosas.

—No te preocupes, Alejandra. Lo haré... y siento mucho...

Mis ojos se llenaron de lágrimas y me puse a llorar de nuevo.

—Haz el favor de no ponerte así. Que me vas a hacer llorar a mí también.

—Siento mucho lo que ha

pasado. Te puse en peligro,
Alejandra.

—No te preocupes por mí.
Estoy bien y eso es lo que
importa. Y a ti te han soltado.

—No sé cómo afrontar todo
esto.

—Tiempo, date tiempo, y
escucha un poco más a tus
padres de vez en cuando—
dijo ella como si fuera una
consejera matrimonial.

Me dio otro beso y se marchó.

Mi madre se sentó a mi lado.
Nos miramos un rato.
Podíamos intuir a través de
nuestros ojos lo que pensaba
cada una de nosotras.

—Tengo miedo, mamá.

—¿De qué tienes miedo,
Maika?

—De enfrentarme al mundo.
Me siento mucho más
desprotegida que antes.

—No tienes que temer a nada
ni a nadie.

—Mamá, siento que me he vuelto loca.

—No digas eso — su voz sonó seria.

—Sí, no soy capaz de controlar mis impulsos. He hecho auténticas locuras por ese hombre. Me he puesto en peligro. Y algo peor. Os he mentado. Y no se trata de cualquier mentira — argumenté yo entre lágrimas.

—Lo sé. Pero ahora no

podemos dar marcha atrás.
Todo ha sucedido demasiado
rápido. Quizá papá y yo no
nos hemos preocupado por ti
todo lo que debíamos
hacerlo.

—No digas eso, mamá. Sois
unos padres estupendos.

—Quizá nos hemos volcado
más con Arantxa, porque era
más serena y no armaba
jaleo.

—Por favor, no te culpes,
mamá. La única culpable soy

yo. Aquí la que debía haberse preocupado por su propia integridad era yo y no lo he hecho. Pensaba que la vida era una broma y hay un mundo muy peligroso ahí afuera.

—Debes aprender, Maika, que ya no eres una niña malcriada. Ya no estás en el instituto, fumando a escondidas en el aseo. Eres una mujer y tienes la suerte de ser una mujer válida para trabajar. Lo haces bien. Lo estabas haciendo bien. Yo no

puedo ayudarte ya. Papá,
tampoco. Hemos tenido que
recurrir a un abogado para
sacarte de comisaría. ¿Qué
será la próxima vez?

—Tienes razón. Me duele
que me digas eso.

—Tengo que hacerlo. He
tenido que esperar a que
estés en una cama de hospital
para poder hablar contigo
serenamente.

—Todo va a cambiar a partir
de ahora.

—No se trata, Maika, de que cambies. Se trata de que seas tú misma, de que no intentes dar la imagen de alguien que no eres. Tú no eres así.

Puedes ser impulsiva, pero otra cosa es ser una imprudente y actuar según te dicten tus instintos.

—Mamá, nunca me habías hablado así.

—Ojalá lo hubiera hecho antes. Ojalá — soltó con tono de arrepentimiento.

—No sé qué voy a hacer cuando salga del hospital.

—Lo que tienes que hacer es venirte unos días a casa para que te recuperes y luego volver a la tienda. No hay más. Maika, tú eres de esas chicas que esperan que su vida sea sorprendente, arriesgada, llena de emociones y de príncipes azules. Pues ya te has dado cuenta de lo que hay detrás de todo eso.

Las palabras de mi madre
estaban cargadas de sabiduría.

Miraba sus labios secos, sus
ojos enrojecidos, su figura
frágil. Y entonces comprendí
por qué la quería tanto.

Le conté a mi madre lo que
había hecho el tiempo que
había vivido junto a Ethan. Mi
madre no reía. Podía descubrir
la ternura en sus ojos, la
comprensión, pese a la
gravedad de los
acontecimientos que estaba
relatando.

La respuesta de mi madre fue
el silencio, algún “sí”, algún

“no”. Nada más. Ya me había dicho bastante, minutos antes. A las pocas horas, me dieron el alta. Estaba más recuperada, pero, como seguía teniendo la tensión baja y mis niveles de azúcar no se estabilizaban, decidí pasar unos días en casa de mis padres.

Me había dado la impresión de que mi padre estaba al tanto de algo que los demás no sabíamos, estaba un poco confundida, necesitaba irme ya de ese hospital.

Necesitaba a mis padres. Los

necesitaba. Y a mi hermana. El calor. El calor del hogar.

Capítulo 2

No había nada como estar en casa. Parecía que regresaba a la infancia. Todo eran atenciones desde que había entrado por la puerta. Arantxa no me quitaba ojo. Me tomaba la temperatura y no paraba de hablarme sobre líos de famosos y de cantantes. A Arantxa, la dócil, le encantaba la prensa rosa y compraba toda clase de revistas del

corazón.

Me tenía harta con aquellas telenovelas. Pero estaba muy agradecida con su compañía.

Aquella actitud sobre protectora, no sólo de Arantxa, sino también de mis padres, me preocupaba, porque no era normal y, cuando la gente trata de interpretar un papel que no le corresponde, es que algo no va bien.

Mamá ya no habló conmigo aquel día. Lo había hecho en el hospital con sinceridad y dándome una gran lección. Lo que no sabía es si mi estado de salud era debido a las

consecuencias del estrés al que yo había sido sometida o era motivo de aquella pena que había en mí, al haber hecho sufrir de aquella manera a las personas que verdaderamente deberían importarme.

¿Y Ethan? Cada vez que ese nombre aparecía en mi cabeza, el pulso se me aceleraba.

Aquella tarde, tras regresar del hospital, la pasé con esas personas a las que había defraudado. Arantxa estaba como ida. Nunca la había visto tan alterada. Ni siquiera cuando nos peleábamos y ella me llamaba choni y me acusaba de

irresponsable.

Razón no le faltaba ahora que había visto a su hermana Maika a punto de perder la vida, envuelta en un asunto muy sucio. Joder, me habían detenido. Había tenido que declarar ante una juez. Había ido dentro de un coche de policía. Había visto a Ethan contra el suelo y con un arma apuntándole a su cabeza.

Todas aquellas imágenes volvían una y otra vez a mí. No escuchaba con atención a Arantxa que seguía hablando de la ruptura de Cristiano Ronaldo y de la modelo Irina Shayk. Joder, ¿cómo había sido tan tonta de hacer algo así? ¿Por qué el

amor pudo cegarme tanto?

Mi padre se limitaba a salir y a entrar del salón. Me miraba.

Sonreía tibiamente. Fingía estar ocupado, porque lo que hacía era estar pendiente de mí. Le había dado un susto muy grande cuando vio que me desmayaba en la sala del juzgado. Su hija, su querida hija Maika, juzgada, después de pasar una noche en prisión y de llamarlo repentinamente para decirle que había sido arrestada.

Por la noche, mi madre me preparó un caldo de pollo. Me sentó divinamente. Arantxa hablaba con unas amigas por teléfono, así que

ella ocupó el asiento donde había estado sentada mi hermana toda la tarde.

—¿Se te ha pasado el susto, Maika?

—Estoy aterrada. Me da miedo cruzar la puerta de la calle y dar un paso.

—Tendrás que hacerlo, hija.

—Mamá, no puedo encontrar una razón que justifique todo lo que he hecho.

—No la busques. Llámalo
imprudencia, inmadurez o amor.

—Me sorprende que tú digas esa
palabra. Amor.

—¿Por qué te sorprende? Yo
también tuve tus años — repuso
mi madre un poco molesta.

—Lo sé. Pero el amor no puede
explicar que la haya fastidiado
como lo he hecho.

—El amor es eso, Maika.
Imprudencia, inmadurez, ceguera.

—Tengo la sensación de que intentas quitarle importancia a lo que he hecho para que yo me sienta más tranquila.

Mi madre me miró y sonrió. Su rostro se ensombreció, sin embargo. Se mordió un labio y siguió hablando con parsimonia. Pero era esa parsimonia que destila, por el contrario, dureza, amargura y sufrimiento.

—No le quito importancia. Yo también necesito vivir con esto, Maika.

—¿A qué te refieres?

—Que lo que te ha pasado a ti no solo lo arrastrarás tú, lo arrastraremos todos. Si no le quito importancia, puede ser muy duro. Pero yo de ti no estaría tan preocupada. Y quiero que mañana mismo te des una vuelta por ahí con tu hermana o con tu amiga Alejandra.

—Lo haré, mamá. Lo intentaré.

—Tu mundo no es esta casa. Tu mundo está ahí afuera y debes aprender — su voz no sonó triste,

sino melancólica, matizada por un dolor silencioso y profundo.

Terminé de beberme el caldo. Mi padre puso la tele y empezó a hacer zapping. Buscaba algo entretenido. Al final, encontró una comedia americana y la dejó. Yo lo agradecí. De vez en cuando me miraba entre triste y alegre.

Demasiada comprensión estaba mostrando para el carácter que solía sacar muchas veces.

Demasiada paciencia. Demasiado dolor estaba soportando.

Arantxa se unió a nosotros. Podía escuchar los pasos de mi madre en

la cocina, un reguero de pisadas leves de alguien que deambula sin saber muy bien por qué.

Me entró sueño. Los ansiolíticos y calmantes que me habían inoculado en el hospital estaban surtiendo efecto. Me dolía la cabeza. Quería dormir. Me acompañaron a la cama y mi padre me arrebujo como solía hacerlo cuando Arantxa y yo éramos unas mocosas.

—Buenas noches, Maika.

—Adiós, papá. ¿Sabes que te quiero?

—Lo sé. Yo también te quiero.
Mañana por la mañana tenemos
que hablar.

—Papá, no me asustes —dije
sobrecogida de repente.

—No pasa nada. Es una cuestión
de papeles que tienes que firmar y
que no firmaste en el juzgado.

—Tengo miedo, papá — aquella
sensación de angustia me
obsesionaba.

—No has de tener miedo. Estás
segura aquí. Con nosotros.

Se acercó y me dio un beso en la frente.

—No tienes fiebre. Eso es buena señal.

—¡Cuánto tiempo hacía que no me dabas un beso de buenas noches!

—exclamé alegre.

—A los padres nos da vergüenza seguir tratando a nuestros hijos como si fuesen niños pequeños. Vais creciendo y nos vamos distanciando — dijo él con cierto aire de nostalgia.

—Pero yo siempre seré tu niña.

—Lo serás siempre, como lo es Arantxa.

Hubo un momento de silencio nuevamente entre los dos. Parecía que los dos queríamos expresar unos sentimientos que habíamos sepultado en nuestro corazón sin saber por qué.

—Me dio vergüenza que me vieras delante de aquella juez.

—Fue un momento duro que

debemos olvidar. Pero ahora debes descansar y mañana podremos hablar con tranquilidad. Hay detalles que debes conocer sobre la investigación. No sólo se trata de firmar unos papeles.

—¿No me lo puedes contar ahora?

—No es nada importante. Estoy agotado. Han sido días devastadores para mí, aunque no lo parezca.

Conocía a mi padre y, por el tono de voz, sabía que estaba mintiendo.

Tenía que ser algo importante.
Estaba segura. Y no me equivoqué,
como pude comprobar a la mañana
siguiente.

—Descansa, Maika — dijo con
un brillo en sus ojos.

—Papá, ¿puedo preguntarte una
cosa?

—Sí, claro. ¿Cómo eres capaz de
llevar esto?

—¿El qué? — preguntó
extrañado.

—Lo que me ha pasado. El hecho de que estuviera en una celda o que me juzgaran.

—Eso aún no lo he asumido. No soy consciente de todo lo que ha pasado. Pero mañana hablaremos. No tengo fuerzas para pensar con claridad.

—Vale, que pases buenas noches.

—Buenas noches y abraza a tu madre de vez en cuando. Necesita tu cariño y últimamente la has tenido muy olvidada.

—Tienes mucha razón. He sido muy egoísta. Siempre lo he sido, ¿verdad?

Mi padre no respondió. Me volvió a sonreír y se marchó siguiendo la lengua de luz que provenía del pasillo y llenaba de una claridad amable mi habitación.

Joder, estaba en la habitación de mi infancia y de mi adolescencia. Allí estaban los pósteres de David Bisbal y Bustamante. Me miraban desde el pasado y me hablaban: “Haz el favor de estarte quietecita y dejar que esta familia respire por un tiempo”.

Cerré los ojos. Alguien apagó la luz. Y todo se hizo oscuro, pero aquella oscuridad no era la celda de comisaría. Era una oscuridad acogedora, llena de vida y de cariño. Me dormí enseguida.

A la mañana siguiente, me levanté como nueva. Me vestí y aparecí en la cocina. Tenía recuerdos de mi paso por los juzgados, de mi detención, de aquella carretera por la que Ethan y yo huíamos como dos auténticos delincuentes.

Mi padre estaba esperándome. Estaba sentado leyendo el periódico.

—¿Te preparo el café, Maika?

—No hace falta. No te levantes. Todavía me puedo valer por mí misma. Muchas gracias.

—Hija, tengo que contarte algo.

Por el tono de la frase, me di cuenta de que no iba a ser un trago fácil. Lo miré y percibí el insomnio en sus ojos. Algo había en su cabeza que no lo había dejado dormir.

—Papá, ¿has dormido bien?

—Desde hace años duermo mal.

—Pero, ¿has ido a un médico?

—Sí. Me mandan somníferos e hipnóticos. Y al final estoy peor que si no hubiese dormido. Son los años, Maika.

—¿Qué me quieres contar?

—Siéntate cuando termines con el café — dijo con un tono grave, ceremonioso.

Me preparé mi café Volutto en la Nespresso y me senté frente a él. No quise mirarlo. Quería esperar a

ver lo que me decía, porque, cuando se enfadaba, se ponía hecho un ogro y me aterraba contemplarlo con esa actitud. Sus enfados de poco valieron, porque yo hacía al final lo que me daba la gana. Pero la paciencia tampoco le sirvió de mucho, porque al final también hacía lo que me daba la gana. En esta ocasión, todo era bien distinto.

—Quiero hablarte de Ethan.

Aquella frase fue como si me hubiesen disparado directamente al pecho.

—Papá, no quiero saber nada de ese hombre. No quiero que pronuncies su nombre en esta casa.

—¡Escúchame, por favor! — dijo con voz enérgica.

—Papá, no te pongas así. Solo quiero olvidar. ¿Tan malo te parece?

—Ethan no es un narcotraficante — dijo con rotundidad.

—Algo me comentó Bruno. Pero no sé qué creer. No sé con quién

demonios he estado todo este tiempo — comenté con tristeza y acongojada.

—Me explicaron todo, Maika. Todo. Y debes saber quién es ese hombre.

—Papá, si va a ser algo terrible, prefiero no saber nada. No necesito más dosis de sufrimiento.

Mi padre se cruzó de brazos y dejó a un lado el periódico. Sobre la mesa solo estaban nuestras tazas. La luz del exterior iluminaba la pared blanca de la cocina donde un

viejo almanaque anunciaba fechas de cumpleaños y festividades religiosas.

—No es lo que parece, hija.

—Desde un primer momento, aquí nada es lo que parece. Este hombre me ha mentido una vez tras otra — me puse a la defensiva.

—Lo sé, pero tiene su explicación y es mi obligación informarte. Te quedarás más tranquila.

—Confío en ti. Espero que tengas

razón — el miedo prendía en cada una de mis intervenciones.

Se tomó su tiempo. Estaba claro que necesitaba organizar sus pensamientos para explicar quién era aquel hombre tan camaleónico.

—Ethan no es un narco, ni trabaja para ningún tipo de organización criminal. Es un abogado, cuyos padres fueron asesinados.

Aquellas palabras me dejaron cohibida, sin ningún tipo de contraargumentación. Sus padres habían sido asesinados. ¿Qué significaba

todo esto?

—No entiendo nada, papá.

—El padre de Ethan era un prestigioso juez que metió entre rejas a importantes criminales. Una de sus últimas actuaciones fue contra una de las bandas más peligrosas de este país, cuya red de dolor y sangre se estaba extendiendo a Latinoamérica. Una operación policial acabó con la mayor parte de los componentes de esta banda. El padre de Ethan, pese a las amenazas, aplicó una condena ejemplar. Algunos jefes

que no pudieron ser encarcelados por falta de pruebas se vengaron de una forma vil y cobarde.

—Papá, lo que me estás contando parece extraído de una película. No sé qué pensar — añadí confusa, interrumpiendo a mi padre que se animaba con el relato.

—Déjame que siga, Maika. Yo tuve la misma sensación que tú cuando Bruno y un abogado de Ethan me contaron toda la historia. Me enseñaron documentos, fotografías y toda

clase de informes mientras tú estabas en la celda.

—¿Y qué más pasó? — pregunté con voz temblorosa.

—Sus padres fueron tiroteados una noche que salían del teatro. Y Ethan vivió con la impotencia de no haber podido hacer nada, así que tomó la decisión de perseguir a los criminales que quedaron absueltos. Lleva mucho tiempo viajando por todo el mundo para recopilar información, testimonios, toda clase de pruebas. Quiere meter a los

asesinos de sus padres entre rejas. Con el fin de recoger algunas de estas pruebas, ha tenido que infiltrarse en grupos mafiosos y de narcotraficantes.

—Papá, ¿no me estás engañando? ¿No es una historia que te has inventado para no decirme la verdad sobre Ethan?

—No se me ocurriría hacer una cosa así. ¿De qué serviría? Lo que te estoy contando es cierto, tan real como que tú y yo estamos aquí y que ese café que te has puesto se está enfriando.

Me quedé pensando un rato largo. Mi padre permanecía callado. Tras contarme lo que contó, noté el alivio en sus ojos a los que ahora miré con confianza, sin temor.

—Sus padres fueron asesinados ... pobre hombre — susurré como si quisiera conversar conmigo misma.

—Sí, en efecto. Ethan cuenta además con un importante legado patrimonial que heredó de ellos.

—Algo de eso me contó. Ahora

recuerdo también que me dijo que sus padres habían muerto, pero nunca quise hurgar en esa herida — comenté apenada.

—Yo estoy asombrado y he de reconocer que ese chico es un tipo valiente, muy valiente. Ojalá el mundo estuviera gobernado por gente como él.

—Papá, ¿dónde está Ethan ahora?

—No lo sé, Maika. No lo sé.

Mi padre se levantó. Miró por la ventana. La luz del sol mimaba su

perfil. Sé que estaba cavilando.

—¿Y qué hago ahora, papá? Yo quiero a ese hombre. Esto cambia por completo la situación.

—No puedo ayudarte, hija. No puedo hacer nada más. Para mí, todo esto no está siendo nada fácil. No se asume de la noche a la mañana que tu hija ha estado al lado de un tipo que está llevando una cruzada personal contra importantes mafiosos.

Cuando mi padre dejó de hablar, acabé el café. La ansiedad volvía a

cebarse conmigo. Temblaba de miedo, por un lado, pues era consciente del peligro que había corrido y, por otro lado, sentía pena por Ethan, por ese pasado violento con el que tenía que cargar.

¿Qué lugar ocupaba ahora yo en su vida? ¿Qué lugar debía ocupar Ethan en la mía?

Mi padre me besó en la frente y, antes de despedirse, hablamos un poco. Yo seguía noqueada por aquella información que él me había revelado.

—Maika, sé que sientes cosas por ese chico.

—Papá, estoy muy perdida. No sé qué hacer.

—No soy un experto en dar consejos sentimentales, pero solo quiero pedirte una cosa.

—Dime, papá —dije yo mirando a sus ojos que ahora se mostraban suplicantes.

—No quiero otra llamada telefónica. No quiero volverte a ver delante de un juez. No quiero llamar a un abogado amigo para que vayamos a comisaría a

recogerte. No quiero más llamadas a media noche. Pero si te digo, no lo vamos a dejar solo, quiero que estemos ayudándolo, pero no metiéndonos en líos, no se merece una patada en el culo.

—Está bien, papá — dije asombrada por sus palabras.

Las palabras de aquel hombre estaban cargadas de razón. No lo había dicho, pero sé que, en su fuero interno, también pensaba: “No quiero llamadas por la noche que me informen que han encontrado el cadáver de mi hija

tirado en la calle”.

Volví a la cama. Arantxa estaba en mi cuarto y me llenó la cabeza de historias que no me interesaban para nada: cotilleos, romances, rupturas. Yo solo pensaba en Ethan. Yo solo pensaba en volver meses atrás a mi tienda junto a Marcelo y las dos gemelas. Pero eso era imposible.

A veces pensaba: “Ojalá no hubiese conocido a Ethan”. Pero, rápidamente cambiaba de opinión y me acordaba de los momentos mágicos que pasé junto a él.

Comí con mi madre, que callaba. Escuchábamos las noticias. No era

ensión, sino miedo a decir algo que nos pudiera hacer llorar, que nos pudiera herir de forma inconsciente. Arantxa se había marchado a la biblioteca y mi padre aún no había regresado de una revisión que debía hacer a su coche.

—¿Has llamado a Alejandra? — preguntó ella.

Fue lo único que dijo. Yo contesté que ya lo había hecho. No mentía. En breve, aparecería aquella amiga que era otra hermana para mí. A las cinco me duché. Me quité el

pijama y la bata y me vestí con ropa cómoda. Me sentía mucho mejor y tenía unas ganas tremendas de contarle lo que había sucedido. No sé si era prudente informarle sobre Ethan, sobre su verdadera identidad. Pero sé que mi amiga es de esas personas que sabe guardar un secreto hasta la tumba. A mí me costaba mucho más.

Alejandra entró a mi habitación. Mi madre había oído el timbre y había abierto. Mi amiga me besó en la mejilla y nos sentamos en mi cama.

—¡Qué bien te veo, Maika!

—No seas idiota. Estoy horrorosa. No me reconozco delante del espejo.

—En unos días volverás a ser la de siempre — sonrió al decir.

—No sé por dónde empezar. No te vas a creer nada de lo que voy a contarte.

—Qué envidia me das — interrumpió repentinamente.

—Envidia... ¿de qué?

—De tus aventuras. Tía, te han

detenido y has estado en la cárcel. Me pone la piel de gallina solo pensarlo.

—No seas estúpida. Lo estoy pasando fatal —dije dolida.

—Es una broma, Maika. Quería hacerte reír. ¿Qué es lo que me tienes que contar?

Me acerqué a ella, le cogí las manos y le relaté todo lo que me había contado mi padre. Ella estaba contrariada y luego, cuando acabé, se quedó muda. Se puso a llorar mientras nos abrazábamos. Dios,

¿cómo echaba de menos un abrazo como ese!

En ese momento feliz, mi móvil sonó. Me aparté lentamente de mi amiga. Miré la pantalla y se me hizo un nudo en el estómago. Era Bruno. ¿Qué pasaba ahora? ¿Qué quería?

—Descuelga, Maika.

—¿Crees que debo hacerlo?

—pregunté asustada.

—Debes hacerlo. Puede ser algo importante — me aconsejó Alejandra.

Descolgué y escuché su voz.

—¿Cómo te encuentras, guapa?

—Bien. Mucho mejor. Gracias por todo lo que has hecho.

Me entraron ganas de llorar, pero mi amiga me cogió de la mano para transmitirme energía positiva y serenidad.

—Necesito hablar contigo —dijo Bruno con seguridad.

—¿Sucede algo malo? —

pregunté con voz temblorosa.

—No, pero necesito que entiendas cuál es la situación en la que te encuentras.

—Mi padre me ha contado todo, Bruno. Tengo miedo.

No me atreví a preguntarle por Ethan. No sé si fue ese miedo al que continuamente me refería o era la indefensión de no saber cómo encajaría la información que me diera. ¿Qué paso debía dar ahora?

—Mañana paso a recogerte y

desayunamos. Ahora, descansa. Debes recuperarte y asimilar por lo que has pasado.

—Eso intento. No es fácil. No es nada fácil, Bruno. Pero quiero ayudarlo.

Colgó y me dejó con las palabras en la boca. Alejandra me miró fijamente. Sus ojos vidriosos delataban que ella estaba sufriendo al verme sufrir así, al verme en esa actitud de impotencia.

Se quedó toda la tarde conmigo. Salimos a dar una vuelta por el vecindario. Nos sentamos en una

cafetería. No había nadie.
Hablamos poco. Yo estaba
incómoda. Recelaba de cualquier
persona que estuviese a mi
alrededor. Sospeché del camarero,
de los coches que aparcaban o
iniciaban su marcha, de la propia
policía que de vez en cuando se
pasaba por allí haciendo su ronda.
Por la noche, cuando me despedí de
Alejandra, cené con toda mi
familia. Hacía mucho tiempo que no
lo hacía y fue como nacer de nuevo.
En la cama, cerré los ojos.
Arantxa me tapó y me dio un beso.
Mañana yo hablaría con Bruno. Me
quedaba una noche larga por

delante. ¿Sería el insomnio mi nuevo aliado? Me acordé entonces de mi padre. Pero tuve suerte. El cansancio pudo conmigo. Y también pudo el hecho de recordar a Ethan besándome tal vez en cualquier lugar del mundo.

Capítulo 3

Me preparé un Nespresso mientras esperaba a que me recogiera Bruno, desayunaría con él, pero si no me tomaba antes uno, no sería persona, además, tanta información en mi cabeza y tantos giros inesperados, me estaban matando.

Sonó el timbre de la puerta.

Salí afuera y allí estaba Bruno esperándome en el coche.

—Bueno días, Maika.

—Hola, no sé si son buenos días, pero necesito afrontar todo esto.

—Lo sé — dijo mientras arrancaba el coche.

—Ya me ha contado mi padre todo.

—¿Y? — preguntó

impaciente.

—Quiero ayudaros, aunque no sé cómo, tampoco quiero meterme en un lio que pague mi familia, pero no quiero dejar solo a Ethan en esto.

—Mañana es su juicio.

—¿Mañana? ¡Lo meterán preso!

—Eso pinta, pero van los mejores abogados de España a defenderlo, no hay pruebas

contundentes a nuestro parecer que lo inculpen de Narcotraficante, sí que se ha movido en ese mundo, pero nunca lo han pillado con nada.

—Esto parece una película, dios mío, no estoy preparada para verlo entre rejas, menos aún, sabiendo que todo es por la crueldad de lo que les pasó a sus padres, yo también hubiese buscado la verdad.

Llegamos al bar, hacía calor,

nos sentamos en la terraza y me encendí un cigarrillo, estaba nerviosa, me pedí otro café, sabía que no me haría bien, pero estaba enganchada a la cafeína.

—Maika, luego voy a ir a verlo.

—Yo también quiero ir.

—No puedes ahora mismo.

—Quiero verlo.

—Mañana puedes entrar al juicio.

—¿A qué hora es?

—A las once.

—Allí estaré, sé que la decisión judicial me partirá el alma, pero allí estaré.

—Yo voy a declarar como jefe de antidrogas, encargado en parte de esta investigación.

—No entiendo nada, pero

confío en ti.

—Mañana se desvelarán muchos asuntos sobre la verdad de este caso, aún era pronto para ello, pero otro equipo de investigación iba por otro lado y por eso todo tan rápido, ya tenía muchas pruebas telefónicas y de mensajes, grabaciones, mañana todo se expondrá, están los abogados en ello, pero aún faltaba un poco más y todo estaría más claro, espero y confío que mañana se haga justicia, al menos

para Ethan.

—Ethan es abogado, que paradoja todo. Me falta el aire Bruno, tanta información de repente, todo lo que ha pasado, no sé, me siento extraña, sin futuro, perdida...

—He quedado para comer con Alejandra, ya me dijo que está al tanto de todo, he quedado en recogerla luego, quiero que vengas con nosotros.

—Si por favor, no me dejéis sola.

—Tranquila, Alejandra no lo permitiría.

—Ethan me ha dejado encargado de que pague tu abogado, no quiere que ni tus padres ni tú corráis con los gastos.

—No, yo tengo aún el dinero de él sin tocarlo.

—No, eso es tuyo, lo pagará

él, lo pasó muy mal al verte detenida, eso es lo que más le atormenta, es algo que nunca se perdonará, aun sabiendo que él te puso en riesgo.

—No me puedo creer todo esto. Ahora no me veo capacitada ni para trabajar, quiero que todo esto se arregle.

—Debemos estar preparados para todo.

—No lo estoy ¿Cuántos años le pueden caer? — pregunté rompiendo a llorar.

—No lo sé, ni siquiera sé cuánto durará el juicio, todo depende de mañana, de que el juez lo crea y lo deje libre con cargos mientras se investiga, que lo encierre hasta que esté todo claro, no lo sé — dijo mientras contestaba a un mensaje.

—Que fuerte es todo...

—Pobre Ethan, no sabes cuantos años de su vida está perdiendo para todo esto, yo le dije en infinidad de ocasiones que lo dejara, pero él no estaba dispuesto, así que no me quedó otra que ayudarlo.

—¿Cómo lo conociste?

—Yo había acabado de entrar en este departamento, era joven, el primer caso que me encontré fue el asesinato de sus padres, trabajamos

duro para llevar a los tribunales al máximo número de personas involucradas en ese asesinato.

—Pero los responsables mayores os eludieron ...

—Así fue. Por eso Ethan, se metió en ese mundo, en busca de la verdad, con gente de dinero que hay mucha mafia tapada en grandes personalidades, todo esto es muy largo, Ethan fue muy valiente.

—Parece que hablas como si estuviera muerto.

—No, pero creo que esto de una forma u otra, le frenará mucho.

—¿Pero tiene también para implicar a los que le faltaban?

—Tenemos un testigo protegido, si no nos falla mañana, ayudará mucho.

—¿Y si falla?

—No quiero pensarlo, tengo las esperanzas puestas en él.

—Me da mucho miedo la suerte que pueda correr Ethan.

—Uf, a mí también.

Un rato después ya estábamos de camino para recoger a Alejandra a su trabajo, estaba esperándonos en la puerta, me

pasé al asiento de atrás y la dejé delante con Bruno, nos fuimos directos a un restaurante a pie de playa.

—Dios que marronazo el pobre — dijo Alejandra.

—Estoy desesperada...

En ese momento sonó el teléfono de Bruno, eran los abogados de Ethan, nos lo dijo y se apartó a hablar con ellos. Yo estaba muy nerviosa, veía sobre todo a Bruno escuchar y afirmar con la cabeza,

Alejandra y yo permanecíamos en silencio tomando el refresco que nos habían traído, un rato después venía Bruno de nuevo hacia la mesa.

—Ethan mañana presenta todas las pruebas que tiene acerca de los dos cabecillas del asesinato de sus padres, puede que no sea suficiente con lo que él tiene y con lo que yo apporto, pero vamos a jugarnos todas las cartas, no significa que eso lo exculpe, ni que el juez condene a los otros, pero lo vamos a

intentar.

—No entiendo nada, eso se supone que es lo que iba a hacer.

—Bueno, no exactamente, vamos a pedir que acepten las pruebas grabadas de forma ilegal, veremos si el juez accede.

—Dios quiera que mañana lo suelten — dijo Alejandra.

—No, seguramente irá a

prisión preventiva hasta que el juez corrobore toda la información, de todas formas, ya tiene muchas pruebas que se le han adelantado para que las vaya revisando.

—Antes dijiste que quizás lo soltarán con cargos.

—Por lo que me dice ahora los abogados, tendrá que ir un tiempo a la cárcel hasta que todo esté más claro.

—No me lo puedo creer, no

me lo puedo creer — volví a llorar desesperada.

—Tiene grandes abogados, hazme caso, es cuestión de tiempo

—Eso esperamos — dijo Alejandra.

Comimos poco, verdaderamente estábamos para darnos cobijo los unos a los otros, comer no nos apetecía, así que rápido pasamos al café.

Por la tarde me despedí de ellos, Alejandra se había cogido la mañana siguiente de asuntos propios, quería acompañarme al juicio de Ethan.

Les pedí que me dejaran en mi antiguo trabajo, quería ir a agradecerle a Marcelo su colaboración con el papeleo para que me sacasen a mí de ese tema, además se merecía una explicación.

Marcelo estaba cerrando la tienda, me acerqué por atrás y lo abracé, al girarse me comió

a besos.

—No he querido molestarte guapa, pero te pensaba llamar mañana.

—Gracias por todo — volví a abrazarlo.

—Siento mucho todo lo que te está pasando, ya ese policía me lo conto todo.

—Sí, Bruno me dijo que habló contigo.

—Al final no era juez, acerté
— dijo bromeando mientras
me agarraba del brazo para
cruzar al bar de enfrente.

—Ya, solo abogado y sin
ejercer — solté una
sonrisa—. Su padre si lo era,
por él y su madre es todo
esto.

—Que fuerte Maika, es muy
fuerte, menos mal que tu esta
ya fuera de todo esto.

—Sí, pero me importa él, no

quiero que le pase nada, lo amo, pero no lo hago porque esté conmigo, solo quiero verlo libre, no se merece más daño en su vida.

—El policía me dijo que lo tenía jodido.

—Sí, pero por lo visto ahora tienen más pruebas preparadas y todo está dando un giro, pero lo tiene complicado.

—Le deseo lo mejor, por ti,

sobre todo, te he visto
enamorate de una forma
bestial, encima la historia de
él es muy dolorosa.

Un rato después me dejó en
casa de mis padres, estuve
contándoles en el salón, mi
padre me dijo que también
estaría en el juicio, cosa que
me sorprendió, pero por su
puesto se lo iba a permitir.
Me costó coger el sueño, no
paraba de recordar todos los
momentos vividos a su lado,
volvía a mí el recuerdo de su
sonrisa al ser detenido, ahora

lo entendía todo...

Por la mañana cuando bajé a la cocina ya estaba Alejandra con mi padre, tomaban un café mientras hablaban sobre ello.

Les di un abrazo a cada uno y me preparé un Nespresso, mi padre intentaba no hablar mucho, su mirada delataba el dolor que estaba atravesando por aquella situación.

Salimos a las 10 de la mañana hacía el juzgado, el silencio llevaba rato haciendo presencia entre nosotros, al llegar nos quedamos un rato en la puerta, era temprano aún, de

repente apareció un coche policial en el que traían a Ethan.

Al bajarse del coche se percató que estaba yo allí, me miró con ojos tristes.

—Estamos contigo — le dije en voz flojita desde lejos.

El asintió con la cabeza de forma agradecida y luego me guiñó el ojo mientras se adentraba en los juzgados donde ya le esperaban los abogados y Bruno. Comenzó el juicio, yo estaba

sentada justo detrás de él,
junto a mi padre y mi amiga.
Tres abogados de Ethan
estaban allí como si fueran los
jueces, serios y revisando
todo, de repente comenzó el
juicio.

Uno de los abogados pidió
permiso para acercarse a la
jueza y entregarle unos
documentos, ella comenzó a
revisarlos durante un rato, la
sala permanecía en silencio,
ella releía todo.

—Señor Ethan, quiero que
me cuentes todo, no voy a

hacerle ninguna pregunta por ahora, solo quiero que me cuentes tu versión de los hechos desde el principio.

Ví como uno de los abogados miraba a Ethan y con un gesto de cabeza le decía que hablara.

Ethan comenzó a contar desde el día que asesinaron a sus padres, los cuáles ya sabían que estaban en el punto de mira de esa banda, recordó lo que juró frente a sus tumbas y como conoció a Bruno y le dijo que iría a buscar la

verdad, contó cómo se fue adentrando en ese círculo a lo largo del mundo, como fue sacando a terceras personas información, contó situaciones bastante peligrosas y sobre todo que sabía que por encontrarse circunstancialmente en un sitio específico, lo estaban investigando como posible narco.

La jueza lo escuchaba seria, pero atenta, parecía que no estaba dudando de él, pero estaba claro que luego ya le tocaría hablar a ella, de vez en

cuando miraba lo que le había entregado el abogado de Ethan. Luego comenzó a hacerle unas preguntas sobre lo que él le había contado, también sobre lo que poseía entre sus manos de las pruebas entregadas. Cuando les tocó el turno a los abogados de Ethan, fueron a preguntarle a saco, se veía que eran buenos, le hacían preguntas que nunca se me hubieran ocurrido a mí, querían dejar claro que todo era una búsqueda de la verdad, no una implicación de narco. El juicio duró 3 horas, la jueza

dijo que en dos días se retomaría el juicio, que necesitaba estudiar todo, que mientras tanto, Ethan se quedaría en arresto provisional, en un piso tutelado por la policía. Eso hizo que la cara de los abogados y de él se relajara, significaba que la jueza no quería aún mandarlo a prisión, ni siquiera a la celda de la comisaria.

Yo comencé a llorar, él se giró y me hizo un gesto intentando tranquilizarme, se lo llevaron y salimos esperando a Bruno, al

que ni siquiera dejaron hablar.

Un rato después salía junto a los abogados.

—Esto pinta mejor de lo que esperábamos— dijo Bruno acercándose.

—Yo he opinado lo mismo
— dijo mi padre.

—Al menos no pasará estos días en la cárcel — dije llorando.

—No, además la jueza dijo

dos días, eso significa que no quiere demorar mucho para no perjudicarlo, de todas formas, no se puede cantar victoria ya que lo mismo pasado mañana lo mandan preso mientras sigue el juicio.

—¿Dónde lo llevan?

—A un piso donde estará las 48 horas solo con 2 policías, no podrá tener contacto con nadie más y solo lo podrán visitar los abogados, ahora

voy a prepararle ropa y mandársela.

—Cualquier cosa que necesitéis podéis contar con nosotros — dijo mi padre.

—Gracias, sé que el ver que estabais aquí, lo reconfortó mucho. Os mantengo informados, de todas formas, pasado mañana les veo aquí.

Alejandra quedó en llamarlo luego, ellos estaban ligeramente enganchados el

uno al otro, luego la dejamos en su casa y nos fuimos para la nuestra, mi padre me estaba demostrando una vez más que estaba a mi lado, en las buenas y en las malas, eso me había dado una lección que de la noche a la mañana lo valoraba más que nunca.

Pasé todo el día tirada en el sofá, no me encontraba bien, deseaba poder hablar con Ethan, abrazarlo, besarlo, que no se sintiese solo, pero eso por ahora no iba a poder ser. La noche fue de lo más larga, no podía dormir una hora

seguida, me desvelaba,
lloraba, agarraba la almohada,
lo llamaba a gritos en mi
interior, lo necesitaba...

Al día siguiente les dije a mis
padres que me iba a mi piso,
necesitaba estar sola,
encontrarme a mí misma, ellos
lo entendieron y quedó en que
al día siguiente mi padre me
recogería para el juicio.

Hice una pequeña compra, me
encerré en casa y me puse a
limpiar, me pasé el día triste,
pero sin dejar de hacer cosas,
estaba deseando que pasasen

las horas y ver qué sucedería al día siguiente, a las once de la noche ya estaba en la cama intentando dormir.

Capítulo 4

La emoción me embargaba.

La emoción que me embargaba
al verlo allí, al volver a
encontrarme con él. La

emoción también tenía sus consecuencias negativas: no podía tocarlo, no podía abrazarlo, no podía aspirar el aroma de su piel.

Aquel día amaneció nublado.

Yo estaba desamparada porque sentía que aquella realidad a la que se estaba sometiendo Ethan no me pertenecía. Pero yo había participado en muchas de las indagaciones que estaba realizando aquel hombre, al que ahora iban a juzgar por intentar capturar a

los asesinos de sus padres.

Mi padre no se separaba de mi lado. Estaba también muy nervioso. Me miraba con serenidad, pero era una serenidad fingida.

La juez entró seria, con paso firme. En la sala se respiraba tensión. Ethan me miró y sonrió tímidamente. Iba elegantemente vestido. Bruno tenía muy buen gusto al elegir el vestuario. “Eso es un amigo”, me dije.

Mientras transcurría la sesión, mi cabeza se llenaba de pensamientos extraños.

Mezclaba los recuerdos con otras secuencias de imágenes que mi propia mente fabricaba sin saber por qué. Mi padre comentaba algunas intervenciones y yo asentía sin saber exactamente qué intentaba decirme.

No era miedo lo que tenía, era ansiedad, la ansiedad de saber en qué demonios iba a acabar todo. Algunos rostros se volvían hacia mí y me

observaban con una mirada fría. Quizá no fuese verdad. Quizá todo aquello era fruto de mi propia fantasía.

Me estaba volviendo paranoica.

La voz de la jueza sonó rotunda. Como siempre. Y, después de unos minutos, en los que intercambió algunos puntos de vista con el abogado de Ethan y con el fiscal, se dirigió directamente al acusado.

Mis piernas comenzaron a

temblar. La juez se mostró dura y severa con esa persona a la que yo amaba con todo mi corazón. Uno descubre que ama a alguien cuando comprueba que sufre y no puede hacer nada. Y, en esa situación, estaba yo.

Nerviosa. Estaba cada vez más nerviosa, cuando las palabras de la juez comenzaron a resonar en mis oídos.

—Parece mentira que usted sea abogado. Y de los buenos.

Ethan callaba sin apartar la vista del estrado.

—Usted debería creer más en la Justicia de este país. No puede librar una guerra particular contra mafias y bandas criminales.

Yo quería intervenir. Quería salir en defensa de él. Pero era absurdo.

—Se ha puesto usted en peligro y ha puesto en riesgo el trabajo policial de muchos

detectives e inspectores que llevan años intentado dar con los dirigentes de estos grupos.

Ethan ya no miraba al estrado. Había agachado la cabeza en señal de respeto o de indiferencia. No podía saberlo.

—Lo que ha hecho usted es muy grave. No puede ir de justiciero. Usted no ha nacido para eso. Usted no es policía. Usted no tiene ningún derecho a tomarse la justicia

por su mano. ¿Qué sería de este país si cada uno de nosotros decidiera vengarse de sus enemigos?

Yo tomaba aire. Mi pulso se aceleraba. Tragaba saliva. Noté que algunas personas me observaban con frialdad. ¿Se estaban dando cuenta de que me estaba poniendo demasiado nerviosa? Mi padre me apretaba la mano de vez en cuando.

—Usted no puede saltarse el Estado de Derecho. Las leyes

están para cumplirlas. Parece mentira que, siendo abogado, tenga que recordárselo.

Ethan seguía con la cabeza inclinada. No creo que pensara en lo que la juez le estaba diciendo en aquel momento. Debía ser muy duro por lo que estaba pasando. Joder, sus padres habían sido asesinados.

—Usted debe saber que se va a abrir un procedimiento para averiguar el alcance de sus investigaciones.

Aparentemente, no puedo

encerrarlo por nada de lo que ha hecho. Tiene usted muy buenos amigos en la policía. Por ahora, ha jugado limpio, pero al margen de la ley y del deber de un ciudadano.

Ethan sudaba. La piel de su cara se había enrojecido y ahora respiraba hondo. Parecía que, en cualquier momento, fuese a responder a la juez. Pero no lo hizo.

—Hay muchos agentes que se están jugando el tipo por atrapar a esos criminales que

usted quiere ver entre rejas. Hemos hecho un seguimiento de sus acciones. Y, pese a haberse codeado con lo peor del narcotráfico, no puedo acusarlo de nada. Pero ándese con ojo. Vamos a estar sobre usted. Seremos su sombra.

Yo no sabía dónde mirar. Si miraba a Ethan, sufría como una mártir. Si miraba a la juez, sentía que me estaba juzgando a mí. La mano de mi padre sudaba y notaba cómo su sangre relampagueaba por sus

venas. Él lo estaba pasando mal. Pude ver en sus ojos que admiraba a Ethan.

—Le voy a dejar libre, pero no se va a ir de rositas. Libre con cargos.

La juez vio que no había riesgo de fuga. Aunque es una impresión personal, creo que aquella mujer vio también en Ethan a un hombre que perseguía un ideal de justicia. Lo que había pasado con sus padres era terrible. Aquella juez tuvo que sentirse

identificada con el padre de aquel acusado. Y con su madre. Y con todos los hombres y mujeres asesinados por aquellas bandas que solamente buscaban enriquecerse a costa de la extorsión y del crimen.

Ví que mi padre sonreía. Lo vi feliz.

—Lo sueltan, Maika. Lo sueltan — rio entre dientes al decir aquellas frases.

—Sí, papá. Lo sueltan. Es una gran noticia — no daba crédito a lo que significaban mis palabras.

—¿Estarás contenta?

—Sí, papá. Todo esto parece que forma parte de una pesadilla. Tengo la sensación de que, en cualquier momento, voy a despertar.

—No vas a despertar. Está libre. Ethan está libre.

—Papá, lo admiras, ¿verdad?

—Sí, admiro a hombres como él. Vivimos en un mundo, Maika, donde necesitamos a personas que tengan ideales. Los políticos están corrompidos. La policía y los jueces no dan abasto. Ethan simboliza aquello en lo que muchos creemos. Ethan es la esperanza — su voz sonaba animada y llena de satisfacción con todo lo que había sucedido.

La jueza se levantó y se fue

como los demás, en la sala quedaron Ethan, Bruno, los abogados de Ethan, mi padre y yo que comenzamos a aplaudir. Ethan se nos acercó y primero me abrazó a mí para luego hacerlo con mi padre, después a Bruno y a sus abogados.

Todos estábamos felices, le dije que lo esperaba fuera, me salí con mi padre y me encendí un cigarrillo.

—Papá, está libre — dije llorando.

—Si hija, sí, estoy feliz por ello.

—Aunque la jueza fue dura con él.

—No, hija, no podía aplaudir lo que hizo Ethan por su cuenta, pero dejándolo libre demuestra que en el fondo lo entendió.

En ese momento apareció Ethan, me volvió a abrazar.

—Gracias, Maika,

perdóname por todo.

—No digas nada, no hay nada que perdonar, aquí estaré para apoyarte.

—Gracias — miró a mi padre dándole la mano y un abrazo.

—Me alegro que estés aquí fuera — respondió

—No sé cómo agradecerle la confianza que me ha tenido
— dijo Ethan

—No tienes que hacerlo.

—Bueno, no os pongáis ñoños — dije para cortar aquella conversación de agradecimientos.

—Maika, me tengo que ir con los abogados, tengo que resolver algunas cosas hoy, mañana iré a buscarte.

—Vale — dije apenada por saber que no lo vería hasta el día siguiente.

—Mañana por la mañana te

recojo en casa de tus padres.

—No, volví a mi piso.

—Ah vale, pues iré allí.

Gracias por todo— dijo abrazándome y luego dándole la mano a mi padre.

—Mañana nos vemos.

—Te quiero Maika — dijo mientras se alejaba para marchar junto a sus abogados y Bruno.

Mi padre estaba feliz, me pidió que comiese con ellos para celebrarlo, así que fui a casa de mis padres y preparamos una comida como si fuera fin de año, hasta mi madre lloró por la buena noticia y mi hermana me abrazó emocionada.

Tenía ganas de llamarlo, pero no lo iba a hacer, esperarí a que fuese él el que contactase conmigo, ya me había dicho que me buscaría al día siguiente, pero saber que estaba libre hacía que mis

deseos por verlo fueran mayores.

Tras pasar la tarde allí volví a mi casa, mi padre me acercó, nos despedimos en la puerta dándonos un gran abrazo.

Entré feliz, ya la cosa estaba cambiando, podía volver a respirar de otra manera, sin ahogarme tanto, sin pasar el miedo y el dolor que me habían acompañado los últimos días.

Me metí en la bañera, con una

lata de refresco, un cigarro y la radio de fondo, quería relajarme, sentirme viva, algo me decía que por fin empezaríamos a vivir cosas juntos que realmente antes no pudimos.

Sonaba una canción de Melendi, una preciosa letra que me encantaba y que parecía que era Ethan el que me la cantaba.

Desnúdame, juega conmigo a ser la perdición
Que todo hombre quisiera poseer

*Y olvídate de todo lo que fui y
quiéreme*

*Por lo que pueda llegar a ser en
tu vida*

*Tan loca y absurda como la mía
como la mía*

*Tú piensas que la luna estará
llena para siempre*

*Yo busco tu mirada entre los ojos
de la gente*

*Tú guardas en el alma bajo llave
lo que sientes*

*Yo rompo con palabras que
desgarran como dientes*

*Tú sufres porque no sabes cómo
parar el tiempo*

Yo sufro porque no sé de qué

color es el viento

*Tan dulce y excitante que se
escapa de tu boca*

*Con solo una sonrisa mi cabeza
volvió loca*

Ay ay volvió loca

*No busques más que yo te voy a
dar*

*Todo el calor que no te daba la
barra del bar*

Donde te vi yo por primera vez

*Donde aprendí que se podía llorar
también*

*De alegría soñando tu boca junto
a la mía*

Ay junto a la mía

Tú piensas que la luna estará

llena para siempre

*Yo busco tu mirada entre los ojos
de la gente*

*Tú guardas en el alma bajo llave
lo que sientes*

*Yo rompo con palabras que
desgarran como dientes*

*Tú sufres porque no sabes cómo
parar el tiempo*

*Yo sufro porque no sé de qué
color es el viento*

*Tan dulce y excitante que se
escapa de tu boca*

*Con sólo una sonrisa mi cabeza
volvió loca*

Ay ay volvió loca

Lloré en la bañera, escuchar esta canción, pensar en él, en su vida, en todo el dolor por el que había pasado, en todo lo que había tenido que vivir y sobre todo en saber que era el hombre del que me había enamorado totalmente.

Capítulo 5

Había sido una noche realmente larga, no pude conciliar el sueño, era como si mi casa se me viniera encima, me ahogaba entre esas cuatro paredes.

Eso y que no veía la hora de que Ethan viniera.

Dios mío, tenía tantas ganas de abrazarlo...

Di vueltas y vueltas en la cama, no cogía postura, no podía dejar de pensar. Al final acabé acostándome en el sofá, con la televisión

encendida para intentar mantener ocupada mi mente. Pero nada funcionó. La imagen de Ethan no se borraba de mis pensamientos. Al final logré quedarme dormida cuando el sol comenzaba a salir.

Escuché el timbre de mi casa como si estuviesen llamando en sueños, en esa neblina en la que uno no es consciente de si está dormido o despierto. Me removí en el sofá pensando que acababa de cerrar los ojos, que era demasiado temprano y que Ethan no podía ser aún. Pero el timbre volvió a sonar y esa vez sí supe que era real. Abrí los

ojos de golpe y pegué un salto del sofá, me golpeé con la mesita baja en el pie, pero eso no iba a impedirme correr a abrir la puerta. Cuando lo hice y lo vi ahí, frente a mí, con su look casual y un inmenso ramo de rosas blancas, no supe qué hacer.

Tapé mi boca con mis manos mientras era incapaz de controlar los sollozos.

—Cariño, ven aquí — dijo con la voz tomada por la emoción.

Me abrazó como pudo sin soltar las flores, me agarré a él como si se me

fuera la vida en ello, llorando a lágrima viva. Golpeé varias veces su pecho con mis puños por la impotencia.

—Idiota, ¿cómo me has hecho esto?

Repetía esa frase como si fuera un mantra. No era un reproche, realmente ni yo sabía qué era. Una forma de sacar la rabia, el dolor, el miedo... Todas las emociones que tenía dentro de mí desde el momento en que nos arrestaron. Todo lo que había ido guardando y que solo en ese momento, al tenerlo

al lado, al poderlo tocar, fui capaz de soltar.

Empecé a calmarme un poco, nos mantuvimos así largo rato, hasta que él me vio algo más relajada, al menos lo suficiente para soltarme y mirarme a la cara.

Levantó su mano libre y acarició mi mejilla.

—No sabes cuánto te he echado de menos — dijo emocionado.

Mierda, volví a llorar de nuevo, moviendo mi cara para no perder el contacto con su mano. Él limpiaba mis lágrimas con su pulgar y no

dejaba de rogarme que por favor me tranquilizara, que dejara de llorar.

Inspiré profundamente, agarré su mano y lo hice entrar en casa, hasta entonces no había sido consciente que todo ocurría afuera, ni tiempo a entrar le había dado.

Llegamos juntos al salón y cogí el ramo que me había traído, lo puse en un jarrón libre que tenía, ya más tarde lo prepararía bien. En ese momento solo quería a Ethan. Le ofrecí un café, más que nada porque yo lo necesitaba. Aceptó y nos sentamos más tarde en el sofá,

el café listo para tomar en las tazas que dejamos en la mesa baja.

—Tengo muchas explicaciones que darte — comenzó —, pero primero cuéntame cómo estás.

—Mejor ahora que te tengo aquí — dije cogiendo su mano de nuevo, no pensaba soltarlo.

—Yo tampoco quiero que me sueltes — dijo, lo había dicho en voz alta —. Maika, jamás quise involucrarte en esto. Me dije a mí mismo que no tenía que proponerte nada, ni buscarte, pero

no pude sacarte de mi mente desde esa primera noche en el pub.

—Ethan... Todo esto ha sido un infierno.

—Lo sé, para mí también. Y no por verme entre rejas o enfrentándome a una condena. Si no por verte a ti así. Sabía que no iba a ocurrirte nada, yo no pensaba permitirlo, pero todo fue mi culpa, no supe mantenerte lejos de mí y acabaste metida en toda la mierda.

—Si me hubieras contado todo desde el principio...

—Habrías salido huyendo, Maika.

—No — negué con la cabeza —, te habría ayudado.

—Eso no importa ahora. No me perdonaré en la vida que pasaras una noche entre rejas. Cuando Bruno me contó, además, que estabas en el hospital... Te juro que casi me da algo.

—Estoy bien — sonreí entre lágrimas.

—Bruno me dijo que sabes toda la verdad, eso me dio fuerzas para enfrentarme al juicio. Eso y verte allí, te agradeceré toda la vida el apoyo que me has brindado.

—Yo no hice nada. Te odié, Ethan, o intenté hacerlo, pero no pude. No podía hablar contigo, tenía miedo, estaba asustada, no entendía nada. El único que podía darme respuestas eras tú, pero yo tampoco quería escucharte — seguía llorando —. Ni siquiera quería que se te nombrara. Solo escuchar tu nombre me

destrozaba. Solo tenía la versión de ellos. Perdóname.

—¿Qué te perdone? Yo no tengo que perdonarte nada.

—No confié en ti.

—No podías hacerlo, Maika, es normal. Después de todo lo que pasaste, que creyeras que era un narcotraficante era lo normal. Eso no es desconfianza.

—¿Entonces por qué me siento tan mierda?

—Has pasado por mucho.

—Mi padre me pedía que confiara, que no todo era cómo me decían, No lo entendía. El día que me contó la verdad, me quedé de piedra. Me he odiado tanto desde entonces por no poder pedirte perdón.

—No vuelvas a decir eso — cogió mi cara entre sus manos —. Aquí solo hay un culpable y soy yo. Yo fui quien tenía que haberte contado toda la verdad y no tenerte engañada. Pero tenía miedo. De que me dejaras, de que

corrieras peligro, no sé — dijo con impotencia —. La he cagado, Maika, pero no sabes cómo me arrepiento.

—Pero yo estoy aquí. Contigo — lo miraba a los ojos, con sinceridad.

—Sí, y no lo merezco. No te merezco.

—Eso no lo decides tú. Y sabes lo cabezota que soy así que creo que no vas a poder deshacerte de mí tan fácilmente. Voy a estar a tu lado en todo momento, Ethan, voy

a ayudarte a encontrar a los asesinos de tus padres.

—No, tú no vas a hacer nada de eso.

—Intenta impedírmelo — dije testaruda.

—Esto ya no es así, las cosas han cambiado mucho. Ya te explicaré todo con tiempo, te lo prometo. Pero ahora me estoy muriendo por hacer algo.

—¿El qué?

—Algo con lo que he soñado todos estos días que me he sentido tan solo — dijo acariciando mi labio con el pulgar.

—¿El qué? — repetí, aunque ya sabía qué quería. Él no contestó, siguió mirando mis labios como embobado —. Sea lo que sea, hazlo — susurré.

Intentó sonreír, pero lo notaba triste, como con miedo, así que tomé la iniciativa. Acerqué mis labios hasta que rozaron los suyos, solo un simple roce, notando cómo ambos temblábamos.

Solo necesitó eso para besarme en condiciones. Un beso sin fin. Esos que te dejan sin respiración. Un beso de promesas, de perdón, de tantas cosas que decir y no saber cómo hacerlo.

Un beso desesperado.

Un beso que me mostraba mucho más que cualquiera de las palabras que me había dicho antes.

Era como si dejara su alma en ese beso y me la ofreciera.

Cuando nuestras bocas se separaron, nos miramos a los ojos. El deseo en los suyos, brillantes también por las lágrimas no

derramadas.

—Quédate conmigo, Maika.

—Estoy contigo — dije sin entender.

—No, no es suficiente.

Volvió a besarme, desesperado. Dejando caer su cuerpo encima del mío mientras yo me tumbaba en el sofá, hasta tenerlo completamente encima de mí, sin poder dejar de besarnos.

Nuestros cuerpos pedían el contacto, piel con piel. Nuestras

manos temblaban al irnos quitando la ropa, hasta quedar los dos completamente desnudos. Un escalofrío me recorrió el cuerpo cuando noté su miembro en la entrada de mi sexo.

Él no se movía, solo me acariciaba y me besaba, pero eso no era suficiente. Lo echaba de menos, quería sentirlo de nuevo en mi interior, como si formara parte de mí.

Sí, era una idiota enamorada.

¿Cómo no serlo después de saber todo lo que ese hombre había sufrido en la vida?

Lo admiraba, era la persona más

fuerte que había conocido.

Ya no había lugar para las dudas, ya me aclararía lo demás, tampoco había lugar para nada que un fuera que estuviéramos juntos.

Su boca bajó por mis pechos, besando mi cuerpo, adorándolo como solo él podía hacerlo. Ambos luchábamos con la ansiedad, con parar un poco la necesidad que teníamos del otro, para no ir al grano y disfrutarnos todo el tiempo posible.

Pero, como siempre, la cosa se nos fue de las manos y acabamos descontrolándonos. Parecía que

entre nosotros eso era lo normal, la desesperación sexual nos llevaba a los extremos.

Cuando me penetró, me sentí completa, aliviada, como si todo estuviese en su lugar. Un poco loco, quizás, pero Ethan provocaba eso en mí.

Nos movimos lentamente, aplacando de nuevo las ansias, sin querer que nuestra unión acabara. Cuando terminamos, nos abrazamos en el sofá, con las piernas entrelazadas y seguimos besándonos dulcemente.

—¿Pasas el día conmigo? —

preguntó entre besos.

—Claro, tú manda que yo obedezco.

—Eso puede usarse en su contra.

—No lo dudo, su señ... — me quedé callada — Si no eres juez, no puedo llamarte más su señoría. ¿Cómo te llamo ahora? — pregunté haciéndome la horrorizada.

—Sí, Señor, está bien — dijo riendo por primera vez desde que llegó e interiormente me sentí

feliz de verlo así.

—No, tampoco te cueles, que yo de sumisa tengo poco.

—¿Segura?

—No cambies el tema. Necesito buscarte un apodo — medité unos instantes —. Ah, ya. Sí, letrado — dije con una sonrisa de oreja a oreja.

—No sé, ¿por qué no usas cariño, amor o cosas así? Es más cariñoso y más fácil.

—Eso tendrás que merecértelo.
Dime, ¿adónde vamos a ir?

—A un lugar muy especial — me
guiñó un ojo.

—Vale. Me doy una ducha y nos
vamos.

Me levanté, me bañé y me vestí. Esa vez no iba a ser la Maika de antes, esta mujer, después de todo lo que había pasado, era completamente nueva. Así que me puse unos vaqueros ajustados y una camisa normal, con mis tacones, un poco de maquillaje sutil, pero lo choni había quedado ya a un lado. Voy a tener que renovar todo mi vestuario, dije en voz baja antes de salir del dormitorio.

Salimos de casa, nos montamos en el coche de Ethan y condujo hasta el destino que tenía en mente. En ningún momento me dio ninguna

pista, así que me extrañó cuando aparcó en un restaurante a pie de playa.

Ethan saludó al entrar, dio su nombre y nos llevaron a la terraza. Había una mesa preparada con flores y velas sin encender.

—Ya es hora de que desayunemos
— me guiñó un ojo, esperó a que me sentara y se sentó a mi lado.

El lugar estaba bastante tranquilo y con el olor a mar era perfecto, solo se oía el sonido de las olas rompiendo contra la arena.
Desayunamos como reyes,

bromeando, sin volver a mencionar nada de lo que había pasado días atrás. Como si el tiempo se hubiera detenido. En ese momento solo existíamos los dos y la felicidad por estar juntos de nuevo.

Después del desayuno, fuimos a pasear por la playa. Descalzos, con los pantalones remangados para que el agua mojara nuestros pies.

—Tu padre es un gran hombre —
dijo Ethan de repente, rompiendo el silencio.

—Sí, ha sido mi gran apoyo estos días.

—Vino a verme.

Lo miré sorprendida, no sabía nada de eso.

—¿Cuándo? — pregunté.

—¿Sabes qué fue lo que más me impactó de lo que hablé con él?

— preguntó él en su lugar, sin darle importancia a mi pregunta.

—No lo sé, mi padre es algo peculiar — sonreí.

—Me dijo: Estoy aquí porque sé

que eres inocente, si no fuera así, también estaría aquí. Pero para decirte a la cara que te pudrirías en la cárcel por el daño que le hiciste a mi hija.

Me quedé muda. No podía creer lo que estaba escuchando, aunque conociendo a mi padre... Todo era posible.

—No sé qué decir. ¿Para qué fue?

—Para decirme que, aunque tú estuvieras dolida, entenderías todo. Que él había criado una gran mujer de la que estaba orgulloso.

Que debajo de ese carácter fuerte y rebelde, estaba la mujer perfecta para cualquier hombre.

Dejé de caminar y me paré, llorando de nuevo.

—Te adora, Maika.

—Lo sé — dije con la voz rota por la emoción —. Tú también le gustas.

—Me ofreció algo...

—¿Qué? — pero Ethan no respondía, solo miraba al mar —

Ethan, ¿qué?

—Una familia — dijo mirándome a los ojos, emocionado.

—No entiendo...

—Tu padre me dijo que no podía ni imaginar por lo que yo había pasado en la vida y cómo de solo me tenía que haber sentido. Que estuvo mal lo que hice contigo, que te hice mucho daño y odiaba verte sufrir. Pero que él sabía lo que era el amor y que eso es lo que había entre nosotros.

Que, si yo lo decidía, podía

contar con ellos siempre, si tú lo permitías, claro.

—Yo no tengo nada que decir ahí.

—Sí que tienes que decir y mucho.

Sacó una cajita del bolsillo y me la dio. La abrí mientras me temblaba todo, como aquella vez en París.

—Este anillo no lo compré — empezó él —. Era de mi madre, es de las pocas cosas que conservo de ella.

—Oh, Ethan...

—Sé que tenemos que superar cosas, que aún tengo que contarte todo, que todavía no soy libre para ofrecerte nada. Pero te prometo que todo esto acabará. Y cuando eso pase, te quiero conmigo, a mi lado, siempre, llevando ese anillo.

No era capaz de pronunciar palabra, ni de mirar el anillo, solo a los ojos de él.

—Quiero una oportunidad contigo, Maika. No sé cómo

acabará todo ni cuándo ni qué será de nosotros entonces, pero por favor, prométeme que estarás a mi lado.

No puedo hacer esto solo, ahora tú eres mi aliciente para seguir adelante. Si me dejaras...

—Yo no voy a dejarte — juré.

—Si me dejases — siguió él —, me destruirías. Me he dado cuenta que ahora mismo tú eres lo más importante en mi vida. No quiero perderte.

Dame la oportunidad de tener un futuro contigo, cariño. Quédate a

mi lado.

Cogió el anillo y me lo puso en el dedo, me miró a los ojos, esperando una respuesta.

—Ethan, yo...

Aguantó la respiración, como si pensase que yo iba a negarme. No se podía ser más tonto.

—Estoy aquí, contigo, no iré a ningún lado.

Me abrazó y por primera vez noté cómo las lágrimas caían por sus

mejillas cuando me besó.

—Te quiero, Maika, no sabes lo importante que eres para mí.

—Lo sé, porque tú eres igual para mí — dije emocionada.

Nos besamos, con esa declaración de permanecer juntos.

Paseamos por la playa de nuevo, sonriendo y agarrados de la mano. El tiempo se nos fue, solo existíamos los dos en ese momento.

Pasamos el día por la zona, almorzamos en el mismo

restaurante donde habíamos desayunado y volvimos a mi casa. Lo invité a pasar esa noche conmigo, no quería separarme de él ni un instante.

Se nos fue el día entre besos y muestras de cariño. Entre palabras de amor, sin dejar de demostrarnos que, después de todo y pasase lo que pasase, seguiríamos juntos.

Capítulo 6

Cuando me desperté a la mañana siguiente me extrañó que Ethan no estuviera en la cama. Era cierto que madrugaba más que yo, pero después del día anterior y de la noche que habíamos pasado, me hubiera gustado despertarme abrazada a él.

Me puse algo de ropa y fui a ver dónde estaba. Me extrañó no encontrarlo, quizás estaba en el baño. Así que entré en la cocina para prepararme mi Nespresso.

Me paré de golpe al entrar,

pestañeé varias veces sin poder creerme lo que estaba viendo.

Pintado con labial rojo, en los muebles de la cocina, ponía: Vente a vivir conmigo.

En ese momento luché contra las ganas que tenía de gritar por mis preciosos muebles o ponerme a llorar por lo que me estaba pidiendo.

Noté cómo me abrazaba desde atrás, rodeando mi cintura con sus brazos.

—Buenos días — dijo en mi oído.

—Mis muebles — fue lo único que pude decir —, mis preciosos muebles nuevos.

Se rio, pero yo notaba cómo temblaba. O quizás era yo quien lo hacía. Por cosas como esa me enamoré de ese hombre, tan dominante a veces, pero un completo romántico.

—¿Qué significa esto? — pregunté con un hilo de voz, no quería llorar, pero las lágrimas ya amenazaban con mojar mis

mejillas.

—Es una propuesta formal.

Me giré en sus brazos, quedando cara a cara con él.

—¿Más formal que la de ayer?

—Más formal que la de ayer —
convino, asintiendo con la cabeza —
—, no quiero estar ni una noche
más separado de ti. No quiero
estar ni un día más separado de ti.
Quiero vivir como lo hicimos este
tiempo, contigo, en mi... En

nuestra casa — rectificó—.

Levantarme y dejarte dormida en mi cama. Buscarte e interrumpir ese momento de soledad para tomarte el café por las mañanas. Comer contigo, verte dormida en el sofá cada vez que intentas ver una película...

Quiero todo eso.

—Ya hemos tenido todo eso — le recordé —, y ayer estuvimos todo el día juntos y hemos pasado la noche juntos.

—Pero no en nuestra casa. Quiero nuestro hogar, Maika, quiero una

relación formal, sin contratos, sin nada.

—Entiendo...

—¿No te parece bien? —
preguntó con pánico repentino.

—¿Nuestra casa?

—Si el problema es la casa,
siempre podemos buscar una en la
que te sientas mejor.

—A mí eso me da igual, Ethan, no
es la casa lo que me da la
seguridad que necesito.

—¿Entonces qué es?

—Tú.

Se quedó en silencio, no me estaba entendiendo.

—¿Y cómo puedo dártela? ¿No lo estoy haciendo ya?

—Pídeme lo que quieres. Me encantó lo que hiciste, pero dímelo tú.

—Vente a vivir conmigo.

Sonreí ampliamente, escucharlo de sus labios era lo más importante. El gesto romántico que había tenido no iba a olvidarlo en la vida, pero nada como oírlo y verlo en sus ojos.

—¿Cuándo nos vamos? —
pregunté mientras seguía
sonriendo.

Gritó de alegría, me agarró más fuerte, alzándome y dimos algunas vueltas. Cuando me puso de nuevo en el suelo, me besó.

—Haz las maletas — dijo al

terminar el beso, estaba ansioso, como un niño pequeño con un juguete nuevo y me encantaba verlo así.

—No sin mi café — reí, le di un beso y me solté de mi agarre.

—Vale, pues ya te las hago yo.

—Ey, quieto y parado, ¿quieres relajarte?

—No, te vienes conmigo hoy, ahora, no voy a esperar más. Esta noche duermes en nuestra cama.

—Ethan, ¿te recuerdo cómo es mi humor recién despierta?

—No, hoy no cuenta, te he levantado con una sorpresa, estás sonriendo, así que ya no te pondrás de mal humor.

—Me puedo poner de muy mala leche si no me tomo el café. Cuando acabe, hago la maleta. Además, también me gustaría decírselo a mis padres — cogí mi taza y me senté a la mesa. Ethan seguía de pie, donde lo había dejado.

—Tu padre ya lo sabe.

—¿Cómo lo va a saber mi padre si yo te acabo de responder?

—Ya, bueno, le conté que te lo iba a pedir.

—¿Cuándo?

—Esta mañana, le mandé un WhatsApp.

—Dios, ¿te mandas mensajes con mi padre? — pregunté alucinada

— La que me espera...

—Es un buen hombre, además, la idea de cómo pedírtelo fue de él.

—Sí, muy buen hombre — reí al pensar en mis pobres muebles —, las ganas que tiene de verme casada, imagino.

—Hablando de eso, una boda...

—No... Para, espera, no me estreses que te veo venir. Hoy estamos hablando de irnos a vivir juntos a tu casa.

—A nuestra casa — puntualizó.

—A nuestra casa — ratifiqué —.
Me arreglo, hago las maletas con algo de ropa y ya vendremos por lo demás. Y antes nos acercamos a ver a mis padres — me levanté y le di un gran beso.

—Como quieras — me agarró el trasero, pegándome a él.

—Si empiezas con eso, no nos vamos a ir nunca.

—Tendremos que despedirnos de tu cama — dijo apretándome más contra él.

Me reí a carcajadas, ese era el hombre bipolar al que yo adoraba.

Dos horas después llegamos a casa de mis padres, al entrar y ver sus sonrisas y la cara de alegría de ellos y mi hermana, supe de sobra que o bien mi padre les había contado algo o Ethan le había mandado algún mensaje y dado vía libre para que todos lo supieran.

—Pues creo que vengo para nada
— dije cuando me senté en el sofá
—, por la cara que tenéis todos,
ya lo sabéis. ¿Quién me ha
fastidiado la sorpresa?

Todos miraron a Ethan, yo tras ellos. Él se encogió de hombros, como si no le importase.

—Ya los sorprenderás con otra cosa — dijo.

—Ay, hija, estoy tan feliz por ti — mi madre vino a abrazarme —, seguro que seréis muy felices, no tengo duda. Este hombre te adora.

Sí, yo sabía eso. Agarré la mano de Ethan y le di un leve apretón.

—Y yo lo adoro a él — dije

mirándolo —. Papá, sobre el piso...

—No, no es momento ahora de pensar en eso, ya hablaremos y me cuentas qué decides hacer con él. Yo solo quiero verte feliz.

—Gracias — sonreí.

—¿Cuándo te mudas? — preguntó mi hermana.

—Ahora, me voy ya con él.

—Guay, ¿ya tienes todo preparado?

—No, solo algo de ropa, estos días terminaremos de llevar cosas.

—Os deseo lo mejor — dijo guiñándome un ojo.

Me levanté y le di un abrazo, adoraba a mi hermana.

Mi madre no permitió que nos marcháramos sin comer con ellos, así que Ethan tuvo que esperar un poco más su regalo.

Cuando entramos en el chalet y

Rosa nos vio juntos y con mis maletas, vino a abrazarme directamente.

—Rosa, ya la tenemos de nuevo aquí. Y para siempre — dijo Ethan.

—¿De verdad? — preguntó ella emocionada.

—Sí — sonreí —. Voy a dejar todo esto en la habitación.

—No, cariño, yo lo hago — Ethan cogió las maletas y las llevó dentro.

—Ven conmigo, que te voy a preparar un café — Rosa me puso el brazo por los hombros.

—Solo si te lo tomas conmigo — dije mientras entrábamos en la cocina.

—Maika, quería disculparme contigo — empezó Rosa cuando ambas nos sentamos a la mesa con nuestros cafés.

—¿Por qué? — pregunté extrañada, ella nunca me había hecho nada.

—El día que te dije que lo mejor era que te separaras del señor... Yo sabía toda la verdad, sé desde el principio en qué andaba metido, no quería que te salpicara nada. Pero me alegra tanto que estés aquí... Él te adora, ¿lo sabes?

—Creo que lo sé — me levanté y le di un beso a Rosa —, y voy a decirle cuánto lo adoro yo a él — salí de la cocina tras guiñarle un ojo.

Después de preparar mi parte del

armario con mi ropa y de invadir el baño de Ethan, pasamos el día haciendo el vago en el sofá.

Cenamos sin movernos de allí, Rosa nos acompañó.

Esa noche volvimos a hacer el amor, a lo loco y salvaje como siempre, volvía el Ethan que yo conocía, pero no dejaba de decirme cuánto me quería ni lo importante que era para él a cada momento.

El día siguiente, estábamos desayunando en el porche cuando sonó su móvil. Lo escuché saludar y ya no dijo nada más. Hubo un

momento en el que se puso blanco y solo decía “De acuerdo”.

Me estaba asustando bastante.

—¿Qué ocurre? — pregunté cuando colgó.

—Era mi abogado — dijo tragando saliva.

Rosa salía en ese momento con más café y se quedó igual que yo, tiesa como el palo de una escoba, esperando que él dijera algo.

—Ethan, escupe, ¿qué está

pasando? ¿Qué ocurre? Mierda,
¡habla!

No era muy difícil sacarme de mis
casillas, pero él era experto.
Además.

—Ha hablado con la jueza.

—¿Y...? — le iba a dar un
sopapo como no siguiese.

—Estoy libre.

—¿Estás...? ¡Estás libre! —
chillé emocionada.

Rosa se puso a llorar a la vez que yo, fui a abrazar a mi chico y me senté en sus piernas.

—¿Por qué esa cara? — pregunté entonces — Explica todo.

—No hay ningún cargo contra mí, nada. Estoy en libertad. Tampoco hay que seguir buscando nada. Uno de los asesinos de mis padres murió en un tiroteo en México, por tema de drogas, un altercado con la policía. El otro está en búsqueda y captura y ya lo tienen casi localizado, así que en pocas horas o días estará entre rejas.

Ya todo se acabó, ya soy libre de verdad — contó emocionado.

—¡Gracias a Dios, muchacho, no sabes cuánto me alegro! — chilló Rosa— A la mierda el café, voy por champán — y salió despedida hacia la cocina mientras yo reía.

—¿Por qué tan serio entonces? — pregunté seria de nuevo, mirándolo a los ojos.

—Porque no lo esperaba, cariño, no puedo creer que por fin tenga la oportunidad de ser feliz.

—Te mereces ser feliz.

—Pero no te merezco a ti.

—No repitas eso, me mereces tanto como yo a ti. Porque nos queremos, porque nuestro destino es estar juntos. Porque la felicidad del uno, es la del otro, porque...

—Dios, cuánto te quiero — dijo antes de besarme.

Nos fundimos después en un gran abrazo, llorando de alegría. La felicidad no estaba tan lejos para

nosotros dos, ya la teníamos simplemente con tenernos el uno al otro.

Capítulo 7

—Cariño, levanta.

Escuché la voz de Ethan estando dormida.

—No quiero — dije y me tapé la cabeza con la almohada.

—Venga, osa, es tarde.

—No me dejaste dormir anoche, déjame dormir.

—No puedes, te están esperando. Levanta.

Saqué la cabeza de la almohada y miré a mi amor con los ojos entrecerrados.

—Me estás esperando tú y no, no me levanto, tienes todo el día para estar conmigo, así que ahora déjame dormir.

—No, te levantas ya — intentó moverme —, te esperan en el salón.

—¿Quién me va a esperar a las...
— miré el reloj del móvil — once de la mañana?

—Cualquier persona normal que se levante a una hora normal.

—Déjame en paz — gruñí, ya me estaba poniendo de mal humor.

—Te esperan Alejandra, tu madre y tu hermana.

—Sabes que me levanto tarde, así que no cuela. Ethan, por favor, te quiero mucho, pero, ¡déjame dormir!

—Cariño, solo mírame, te explico y me voy, ¿vale?

Resoplé y lo miré.

—¿Qué?

—Están esperándote para ir a comprar tu vestido de novia.

—Para ir a comprar mi... ¡¿qué?!

Salté de la cama y me puse de pie, estaba desnuda, pero me importaba tres pimientos, iba a pelear con él así si era necesario.

—Joder, yo y mi tacto — gimió.

—Espero que sea una broma, Ethan, de verdad, porque si no van a empezar a volar objetos, y todos van a estamparse contra tu cabeza.

—No es una broma — dijo poniendo cara de arrepentido.

—¿Me estás diciendo que mi madre, mi hermana y mi mejor amiga están esperándome para ir a comprar un vestido de novia?

—Sí. ¿Puedes taparte mientras discutimos? Así no hay quien te tome en serio.

—No, no me da la puta gana — me crucé de brazos—. ¿Y se puede saber para quién es el vestido de novia?

—Para ti.

—Serás capullo... — inspiré

profundamente, lo iba a matar —
¿Qué boda? ¡Si no hemos hablado
de boda!

—No oficialmente, pero se
suponía que lo habías entendido.

—Y se suponía que yo tenía que
arreglar aún cosas. Joder, Ethan,
se te va la olla.

—No voy a esperar más.

—Ah, no, a mí no me vengas con
esas. Claro que vas a esperar. ¡a
que la novia acepte, por ejemplo!

—Ya aceptaste, mira el anillo de mi madre en tu dedo.

—No, eso no fue una petición de matrimonio. Fue de... Mierda, yo no sé ni de qué fue, pero no de eso.

—Pero estamos viviendo juntos, te dije que quería una vida contigo, y tú aceptaste — era empecinado el hombre.

—Todo lo que digas, letrado, pero yo no hablé de una boda.

—Pero se sobreentiende.

—Vuelve a repetir eso y te comes el despertador — joder, eso era levantarme de mal humor —.

Ethan, por Dios, piensa. Tenemos tiempo, hagámoslo con tiempo, ¿qué prisa hay?

—Que yo no quiero esperar.

—Bueno, pero yo sí. Además, vestido de novia — empecé a caminar por la habitación —, ni de coña me pongo eso, no hay nada de mi estilo.

—Por mí como si te pones uno de

cuero, pero que sea blanco.

Porque será por la Iglesia, a lo grande.

—Por la Iglesia... ¡Tú estás como una puta cabra!

—Pero te gusta — sonrió.

—Maldito maniaco del control, obseso, bipolar, tripolar — empecé a despotricar mientras seguía andando de un lado para otro, me paré, me puse su camisa y seguí —. Casarnos, así ya está. Y no, además hoy me compro el vestido. No puedo creerlo...

—Es que tiene que ser hoy, nos casamos en dos semanas.

—En dos semanas...

—Sí.

—Ni siquiera voy a responder a eso. De verdad, Ethan, tómate la medicación porque lo tuyo no es normal.

Se levantó y me cogió por la cintura.

—Cariño, te quiero, me quieres,

¿para qué esperar?

—¿Y para qué tantas prisas?

—Pues porque yo quiero y no quiero esperar más. Quiero que seas mi mujer y lo quiero ya.

—No puedes tener todo lo que quieras cuando lo quieras.

—Pues claro que sí, eres tú, eres mía, yo soy tuyo. Nos casamos, tenemos niños y...

—Me cago en la madre que me parió. ¿Pero qué niños? — no

salía de mi asombro.

—Pues los nuestros, serán guapos, como tú.

—Joder, estás fatal de la cabeza.

—¿Para qué discutir? No lo hagas, si al final vas a ir a comprarte el vestido.

—No, si al final te meto...

—Y mañana vamos a elegir el lugar de celebración, la Iglesia y ya probaremos menús y todo lo demás. Tu padre me dijo que...

—¿Mi padre?

—Claro, es quien me está ayudando.

Puse los ojos en blanco, cómo no...

—Venga, preciosa, dame un beso y vamos a preparar nuestra boda.

—Señor... Tripolar es poco.

—¿Mi beso? Y hacemos las paces. ¿O tengo que atarte para que aceptes?

—A ti sí que hay que atarte —
dije enfurruñada, pero sabía que
iba a hacer lo que dijera.

—Mi beso...

Me acerqué y le di uno de mala
gana.

—Así no — dijo antes de
besarme apasionadamente —.
Ahora arréglate, le digo a Rosa
que te prepare el café para que
salgáis pronto.

—Mmmm...

—Yo voy con tu padre y Bruno a por mí traje — me dio otro beso —. No tardes.

Y se fue, tan tranquilo. Y me dejó allí con ganas de asesinarlo.

Maldito tripolar, acabaría volviéndome loca.

Pero no, loca acabé esa tarde, cuando por fin llegué a casa, sola, sin las tres locas con las que había pasado el día. Me había comprado el traje, sí, pero casi me da un infarto aguantándolas, para colmo nos encontramos a Marcelo, cosa que pensé y no se me quita de la cabeza, que también estaba

planificado.

Ethan no me había llamado en todo el día, mejor, porque se había librado de que lo mandara bien rápido a la mierda. Lo que estaba sufriendo por su culpa.

Entré en casa y me quedé de piedra al ver todo el pasillo con pétalos de rosa por el suelo, era como en las películas.

Cerré la puerta y entré lentamente, siguiendo el rastro hasta el salón. Estaba lleno de velas y más flores, con música clásica de fondo. Ethan encendiendo una de las velas.

—¿Ethan? — susurré.

Levantó la mirada y sonrió al verme. Vestido con traje chaqueta y corbata, dios, estaba guapísimo.

—Hola, cariño.

—Hola, amor — le respondí, ya se me había pasado el enfado, era lo que me producía tanto romanticismo—. ¿Qué es esto?

—Poco comparado con lo que te mereces — se acercó a mí y me besó—. ¿Qué tal el día?

—De locos, y no quiero hablar de eso.

—¿Elegiste el traje?

—Sí.

—Bien, entonces todo va bien.

—Eso parece.

—¿Una copa de vino?

—Por favor...

Sirvió una para cada uno y me hizo sentarme con él en el sofá. Dejó la

suya en la mesa, sacó algo del bolsillo de su pantalón y se puso de rodillas.

—Esta sí es la pedida formal que te mereces, no soy tan neandertal — sonrió.

—Oh, Ethan — dije emocionada al ver el anillo que me enseñaba.

—Nunca podré agradecerle bastante a la vida que te haya puesto en mi camino, Maika. Y a pesar de lo mal que lo hice, de mi pasado, de...

—No hables de eso — le rogué,
interrumpiéndolo.

—A pesar de todo, hemos podido
seguir juntos. No tendré suficiente
con una vida para demostrarte lo
que significas para mí. Pero creo
que lo sabes, o al menos intento
que lo sientas.

—Yo también te quiero — dije
emocionada.

—No quiero a nadie más, no
quiero esperar más para que seas
mi esposa, quiero atarte a mí de
todas las maneras que pueda, tan

rápido como sea posible.

—No me vas a perder.

—Moriría si pasara — dijo muy serio —, mi vida no tiene sentido sin ti. Así que por favor — cogió el anillo entre sus dedos y soltó la caja —, ¿quieres hacerme el hombre más feliz del mundo y casarte conmigo?

Empecé a llorar como una magdalena, era la declaración perfecta, no podía pedir nada mejor. Y del hombre que más amaba.

Me levanté del sofá y me puse de rodillas también. Le di mi mano para que me pusiera el anillo.

—Sí, claro que quiero — dije llorando.

Gritó como cuando le dije que viviría con él, me abrazó y caímos al suelo. Riendo, entre lágrimas, hasta que nos besamos, diciéndonos tanto sin decir nada.

Acabamos haciendo el amor allí mismo, la vida nos había sonreído.

—Te amo, Maika — dijo esa noche antes de dormir.

—Tanto como yo a ti — sonreí al abrazarlo con fuerza.

Capítulo 8

Nerviosa. Estaba muy nerviosa.
Apenas eran las seis de la mañana
cuando escuché a mi madre en la

cocina preparando el desayuno. Me duché y bajé para fumarme un cigarro, lo necesitaba, lo haría mientras tomaba un café con ella.

—Buenos días, preciosa, te hago uno — dijo mientras se acercaba a darme un abrazo.

—¡Estoy de los nervios! — me encendí el cigarrillo.

—No debes fumar, cariño.

Además, es muy temprano, aunque no te reñiré hoy. Es tu día — soltó una preciosa sonrisa mientras preparaba mi Nespresso.

—No me creo que esto esté pasando, que por fin pueda vivir esta historia junto a él, sin miedos, investigaciones, problemas....

—Lo merecéis, sobre todo él. Debe empezar a vivir. Los daños del pasado no pueden atormentarle toda la vida.

—Lo sé, madre, yo quiero intentar hacerle lo más feliz posible.

—Estoy convencida de que lo conseguirás. Por lo poco que lo

conozco, sé que es un hombre que valora más el corazón, que lo material.

—Es así, pobre, todo lo que ha pasado...

—Bueno, piensa que hoy él va a formar su propia familia. Ya no estará solo, seréis uno, estaréis para apoyaros en lo bueno y en lo malo.

—Qué bonito. Rosa lo llevará al altar, ella lo adora. Recuerdo el día que me dijo que hacía bien marchándome de allí. No lo decía

por mal, solo que sabía toda la historia y no quería verme en peligro. Ella ha hecho de padre y de madre en muchas ocasiones.

—Ella será la que esté con ustedes siempre. Debes quererla como una segunda madre.

—Lo sé. Pero es difícil. Ella nos trata con mucho respeto y eso que Ethan siempre le dio a entender que es una más, pero es muy respetuosa. Su vida es trabajar para él.

—Bueno, dejemos los

sentimentalismos a un lado. Nos espera todo el día de emociones. Desayuna bien que en seguida vienen a peinarte y a maquillarte — dijo mientras me daba un bonito beso en mi coronilla.

En ese momento recordé cuando él me dijo que tenía una abuela y la había mandado de fiesta al Caribe. Me entró la risa, pero ojalá hubiera sido cierto para que tuviese alguien de su familia de verdad hoy a su lado.

Volví a encender otro cigarro. Los nervios me estaban traicionando,

menos mal que al poco rato aparecieron la peluquera y la maquilladora. Me sentía como una princesa, me sentía divina, pues era la primera vez que tanta gente estaba pendiente de mí para ponerme lo más preciosa posible.

Recuerdo una tienda de París, o varias, donde Ethan fue muy generoso conmigo y me compró aquel Versace y ... No podía seguir recordando todas aquellas secuencias de imágenes que se agolpaban en mi cabeza. También aparecían secuencias dolorosas, por desgracia, que me indicaban

que nuestra vida juntos no había sido un camino de rosas.

—¿Te sucede algo? — preguntó la maquilladora, amiga de una de mis primas.

—No, no, no pasa nada. Es que no puedo evitar recordar momentos del pasado. Y los hay de todos los tipos.

—A todas las novias les pasa lo mismo que a ti, pero, al final, todo sale muy bien — intervino la peluquera con un acento muy andaluz.

—Eso espero. Por un lado, parece que estoy flotando, pero, por otro lado, me preocupa que algo salga mal.

—Dices lo mismo que dicen todas las novias. No debes preocuparte. Tranquilízate, aunque sé que no es fácil — dijo la maquilladora con una voz dulce.

Aquella pareja era muy simpática y, al mismo tiempo que me arreglaban, intentaban serenarme. Claro está: ellas no sabían por todo lo que había pasado yo a lo largo

de esta vida. No. No lo sabían. Mi madre entró para que no exageraran demasiado mis facciones, pues, a diferencia de mi época de choni, ahora quería que el maquillaje y el peinado resaltaran mi belleza natural.

Siempre me había considerado una chica poco agraciada. Y no era verdad. Cualquiera escote, cualquier sujetador y cualquier maquillaje me sabían a poco y, al final, cuando Alejandra y yo aparecíamos en la discoteca, espantábamos a muchos tíos porque éramos guerreras de una tribu perdida en el África más

que dos chicas que solo querían divertirse un rato.

Todo aquello se había acabado para mí. Ahora tenía un futuro y era envidiable para cualquiera de aquellas chicas que siempre me miraron por encima del hombro porque iban a la universidad.

Al cabo de un rato, una de ellas (no recuerdo si fue la maquilladora o la peluquera) gritó con entusiasmo: “Ya está”.

Estaba lista y con el traje puesto. Mi madre no dejaba de llorar. Mi

padre, que entró en ese momento al escuchar la voz, tenía los ojos vidriosos. Estaba muy emocionado. Me agarré a su brazo y bajamos hacia el coche de caballos que nos estaba esperando. Me hacía ilusión ir montada en uno hasta la iglesia. Lo había visto tantas veces en las películas y en algunas bodas reales que yo me propuse imitarlo y así fue.

Mil sensaciones recorrían mi cuerpo. Mi padre, sentado a mi lado, no me soltaba la mano. La acariciaba y besaba constantemente. Todo el mundo nos

miraba. Era una princesa para todos.

Era una princesa de cuento, era esa mujer que, durante tanto tiempo, me había negado a aceptar, como si la rebeldía, el insulto y la agresividad fuesen mis únicos estados de ánimo.

—Ya estamos llegando, papá — dije muy nerviosa.

—Me alegro. Es al mejor lugar al que te podría llevar. Nunca imaginé que acabarías casándote en un altar. De verdad, nunca lo

imaginé. Sé feliz y que yo lo vea.

—Papá, lo seré y lo seré por ti.

—No digas eso. Lo serás porque el destino así lo ha querido y lo serás por todos, pero especialmente por ti y por ese hombre que tanto te ha querido siempre.

—No quiero despertar, papá, de este sueño. Parezco una princesa Disney.

—Es que eres una princesa Disney — añadió mi padre con

orgullo.

—Gracias. Nunca olvidaré todo lo que has hecho por mí.

—Ahora podré morir tranquilo. Mi hija Maika, casada.

—Papá no hables de la muerte — dije yo con lágrimas en los ojos.

—Perdona. No era mi intención decir tal cosa. Esperaré a que vengan a casa mis nietos.

—Papá, tampoco te pases. No me presiones.

—Estaba bromeando — sonrió mientras hacíamos el ademán de abandonar el coche.

Llegamos a la puerta de la iglesia. Allí estaba Ethan con Rosa. Él iba impresionantemente vestido: un traje color gris oscuro y una corbata morada a juego con el pañuelo. Estaba tan elegante que no supe qué decirle cuando estuve a la altura de sus ojos. Me miraba emocionado y me tendía su mano para bajar del coche de caballos.

De repente, en esa plazoleta, ante la

puerta de la iglesia, un cantante,
(era evidente que lo contrató Ethan)
comenzaba a interpretar, ante mi
asombro y emoción, una canción de
Sergio Dalma...

*Juro por las patas de mi cama,
que aunque no parecen nada
me sujetan cuando duermo,
que si hoy te quedas a mi lado,
subiré como un esclavo
por tu espalda y por tu pecho.*

*Juro por la funda de mi
almohada, que es mi amante más
callada
y comparte mis secretos,*

*que si hoy te quedas a mi lado,
lucharé como un soldado
en una guerra de besos.*

*No me digas que no, tú no, que el
corazón no aguanta tanta soledad
no me digas que no, hoy no, que
necesito un sueño para continuar.
No me digas que no, que muero.*

*Juro por los dioses más famosos,
los que todos conocemos
en estado gaseoso,
que, si hoy te quedas a mi vera, yo
seré la primavera
que amanezca ante tus ojos.
Juro por la sombra diluida, la que*

*siempre me acompaña,
aunque yo no se lo pida
que samaritana si te quedas, me
enredare en tus caderas
como me agarro a la vida.*

*No me digas que no, tú no, que el
corazón no aguanta tanta soledad
no me digas que no, hoy no, que
necesito un sueño para continuar.
No me digas que no, que muero.*

Todo era luz y vida a mi alrededor.
No era placer ni alegría lo que
estaba experimentando, sino algo
más, que difícilmente puedo
expresar con palabras. Lo que sí
puedo dejar por escrito es que el

miedo no existía, ni los malos presagios, ni esa oscuridad que tantas veces había ensombrecido lo que debía haber sido una vida tranquila y serena junto al hombre del que me había enamorado.

Nada de eso estaba presente. Me pasé toda la canción llorando. Veía emocionada a Alejandra, a mi hermana, a mis padres, a Bruno, a Marcelo, a Rosa, a mis tíos, a mis primos, a los amigos de Ethan que habían venido de fuera y ni siquiera conocía. Todos eran rostros felices y alegres, llenos de entusiasmo.

Porque no solo celebrábamos una boda, sino también un punto de partida en la existencia de Ethan, pues la mala suerte se había cebado con él desde hacía muchos años. Mi vida también había dado un giro de ciento ochenta grados al conocer a aquel hombre que, desde el primer momento, tanto se interesó por mí.

—Estás preciosa, Maika. Gracias por acompañarme en esta nueva vida.

—Gracias a ti, Ethan.

—Perdona si alguna vez no fui

sincero contigo. Perdona por si alguna vez me mostré rudo y grosero.

—No tienes que hablar de eso ahora.

—Lo sé, pero quería decírtelo antes de que seamos marido y mujer. Hoy es un día triste para mí también.

—Piensa en toda la gente que te quiere y que hoy nos acompaña.

Al final, sí que supe qué decirle cuando lo miré.

Al final, sí que estaba cumpliendo un sueño que la vida me había reservado. Otros muchos se habían frustrado con el paso de los años, pero el amor, el amor verdadero, no se había frustrado. Estaba aquí conmigo. A mi lado.

En ese momento, agarré a mi padre y Ethan, a Rosa. Entraron ellos primero y nos esperaron en el altar. Una preciosa melodía sonaba al entrar a la iglesia. ¿Cómo explicar eso? Me iba a convertir por fin en su mujer...

Pasé por al lado de Marcelo y me dijo en voz floja.

—La más guapa del mundo, ¡vaya glamour!

—Gracias, pero yo nunca te podré superar. Nunca.

—Lo sé —contestó el cabronazo con picardía.

Sonreí, la verdad que yo también me veía preciosa. El traje palabra de honor, pegado al cuerpo y luego cayendo en forma de A, me hacía una estupenda figura. Mi media

melena suelta, con esa peineta a un lado y los hombros al descubierto, me daban un aire sensual e irresistible que pude apreciar en el brillo de los ojos de Ethan.

La ceremonia fue muy emotiva. El que iba a ser mi marido no me soltó la mano en ningún momento y el beso final fue de película. Me agarró y me echó hacia atrás ante los aplausos de todos los invitados y la sonrisa del cura.

Madre mía, qué beso. Menos mal que no iba demasiado maquillada porque se me habría corrido toda la

pintura.

—Estás radiante — me dijo al separarse.

—Me has dejado sin aire, joder, Ethan. Me has comido bien los morros, hijo.

—Como siempre, tan fina y remilgada.

A la salida, nos esperaba el mismo cantante. Esta vez nos deleitaba con la canción de Luis Miguel, “Por debajo de la mesa”. Ethan me cogió por la cintura y, como si no hubiese

más nadie allí, bailó esa balada conmigo, en silencio, escuchando la preciosa canción, mirándome con todo el amor del mundo. Ethan se puso a tararearla cerca de mi oído y yo temblaba, me elevaba por encima de la tierra. Estaba soñando dentro de un sueño.

*Por debajo de la mesa
acaricio tu rodilla y bebo
sorbo a sorbo tu mirada
angelical y respiro de tu
boca esa flor de maravilla
las alondras del deseo
cantan, vuelan, vienen, van.*

*Y me muero por llevarte
al rincón de mi guarida
en donde escondo un beso
con matiz de una ilusión
se nos va acabando el trago
sin saber qué es lo que hago
si contengo mis instintos
o jamás te deajo ir.*

*Y es que no sabes lo que tú me
haces sentir
si tu pudieras un minuto
estar en mi
tal vez te fundirías
a esta hoguera de mi sangre
y vivirías aquí y yo abrazado a ti.*

*Y es que no sabes lo que tú
me haces sentir
que no hay momento que
no pueda estar sin ti
me absorbes el espacio
y despacio me haces tuyo
muere el orgullo en mí
y es que no puedo estar sin ti.*

Todos aplaudían a la vez que nos tiraban pétalos de rosas. Marcelo descorchaba una botella de champán y nos llenaba dos copas. Ethan y yo brindamos y luego la tiramos hacia atrás.

A continuación, nos montamos en un

coche antiguo que nos esperaba en la puerta. Nos fuimos solos con el chófer. A los demás los veríamos en el restaurante en la playa donde se celebraba la boda.

Durante el trayecto, nos besamos y estuvimos hablando sobre la ceremonia y los invitados. Reíamos y yo tenía ganas de hacer el amor con Ethan allí mismo, porque lo necesitaba, porque lo quería, porque habíamos confirmado nuestro amor ante familiares y amigos. Pero no era el momento. Habría sido una temeridad. Pero qué guapo estaba con ese traje.

—No puedo creer que tú seas el hombre de mi vida, precisamente tú.

—Lo soy. Y tampoco puedo creermelo que tú seas la mujer de mi vida, esa persona a la que he estado esperando tanto tiempo, una mujer que ha aportado emoción, espontaneidad y belleza a mi vida — dijo él con miel en los labios.

—No me digas esas cosas. Hemos luchado mucho por este amor, Ethan.

Llegamos al restaurante. El lugar era de ensueño, un salón acristalado frente al mar, con espacios en abierto para las copas. Todo estaba preparado con exquisitez. La entrada fue preciosa, todo lo era...

La decoración de las mesas era espectacular. Un centro de flores acuáticas sobre un jarrón aplanado coronaba cada mesa. Pese a aquel lujo, el ambiente era familiar. Éramos pocos así que la atmósfera que se respiraba no tenía nada de fría o distante.

El banquete transcurrió con alegría y las risas se escuchaban por todo el salón. Nunca había visto una escena así, porque estaba acostumbrada a deambular por pubs y discotecas donde las parejas se enfadaban, donde los jóvenes mendigaban un beso, donde muchas chicas como yo se aburrían o acababan bebiendo con algún muchacho que no tenía ni trabajo ni futuro.

Pasaron las horas. Cada plato que aparecía se celebraba con canciones diversas. Aplausos, vítores, voces animadas, besos y

carcajadas por algún chiste de Marcelo reinaban en aquel espacio. Mis padres estaban orgullosos. Lo podía ver en el brillo de sus ojos. Arantxa estaba ligando con un amigo de Ethan. Estaba radiante como mi amiga Alejandra que me miraba de vez en cuando para guiñarme el ojo y para lanzarme besos con su mano.

Sonó el vals y Ethan bailó conmigo. Éramos torpes. Tropezamos alguna vez que otra. Pero nada que no se pudiera enmendar con risas y más brindis.

El tiempo voló. Y, tras cortar la tarta nupcial, volvió a sonar la música. La gente se lanzó a bailar a la pista. Rosa estaba como loca y no dejaba de darle besos a Ethan que, tras una hora de estar riendo y bebiendo con los amigos, tras una hora de estar cantando en voz alta las canciones que más nos gustaban y que resonaban por doquier, me pidió una cosa.

—Maika, ven conmigo. Vamos a escaparnos.

—Sí, espera que me despida de mis padres. Tengo ganas de

enseñarte lo que me he puesto debajo del vestido.

—Estoy impaciente.

Y así hice. Con disimulo, besé a mis padres y a Arantxa, y Ethan y yo desaparecimos. La fiesta siguió hasta altas horas de la madrugada. Me metí en el coche y cerré los ojos. Necesitaba respirar. Necesitaba desaparecer por un instante. Quería estar a solas con Ethan.

Mis ojos no se abrían. Tenía miedo a hacerlo por temor a despertar. Y

así fue. No lo hice. Lo hice ya en la cama cuando me dejó suavemente, después de que me llevara en brazos desde la puerta de la habitación.

Se acercó a mí. Y me besó en los labios. Yo le respondí con otro beso largo. Puso música mientras yo me desnudaba con lentitud, mientras Ethan también lo hacía.

Formábamos parte del mismo ritual. Y hubo más que pasión, hubo más que fuego. Había amor, sencillamente eso, amor. Y mientras lo hacíamos, olvidándonos de

quiénes éramos y de lo que habíamos sufrido, sentí el suave daño del placer, un placer que se sostenía a lo largo de un tiempo que parecía eterno.

Luego vino el silencio y la música seguía. Y Ethan respiraba con el alivio de saber que al fin no estaba solo. Callábamos. Éramos especiales en aquel silencio.

Dos maletas, escondidas en el armario de aquella habitación, eran el símbolo de un viaje con el que quería sorprenderme mi amor.

Capítulo 9

Sonó la alarma del móvil de Ethan.

—Mi primer día de casada y levantarnos temprano — me quejé sonriendo.

—Vamos rápido, desayunamos y salimos, que nos están esperando para llevarnos al aeropuerto.

—Pero... ¿Cómo? No sabía nada.

En el fondo me lo esperaba.
Esperaba que Ethan me
sorprendiera. Ya lo iba conociendo.

—Vamos a tener nuestra luna de
miel.

—Pero si nos hemos hartado a
viajar — dije.

—Sí, pero todos esos viajes han
sido bajo la presión de mis
investigaciones. No hemos
disfrutado como se debe disfrutar
un viaje. Nos lo merecemos.

—No hacía falta, Ethan — mentía,

pues yo estaba deseando salir de viaje.

—Quiero viajar contigo en paz, sin el temor a ser asesinado, sin el temor a ser detenido en cualquier momento.

Su voz sonaba triste y melancólica.

—Tienes razón. No quiero quitarte la ilusión. Pero aún no me has dicho dónde vamos.

—No seas impaciente. Déjate sorprender.

—No me queda otra...

—Pues arriba, vaga, que no hay tiempo.

Bajamos a desayunar y pedimos que metieran las maletas en el coche que nos habría de llevar al aeropuerto. Entramos al buffet a arrasar en quince minutos ya que no había más tiempo. Joder, ya empezábamos con las prisas.

Nuestro primer día de casados y ya estábamos corriendo.

Estaba feliz, ese era mi primer café como esposa de Ethan. No paraba de mirar la alianza sobre mi dedo.

—¿Qué estás mirando? —
pregunté.

—A ti. Te miro a ti — dijo él.

—¿Y qué ves? — pregunté con
picardía.

—A una mujer feliz.

—Esperaba esa respuesta — dije
yo sonriendo.

—Era una pregunta que me
esperaba.

—¿Has pensado en el futuro, Ethan?

—No. No puedo pensar en el futuro. Sé que estoy contigo y ya no me importa nada de lo que pase.

—Esa respuesta también es fácil y previsible.

—¿Tienes miedo, Maika? — aquella pregunta fue incisiva.

—Lo tuve. Tuve mucho miedo. Cuando me detuvieron, tenía miedo de salir a la calle. Tenía

miedo de enamorarme de un hombre como tú. Tenía miedo de mí misma y, ahora, fíjate me caso con un farsante.

Reí al terminar mi última intervención.

—¿Con un farsante? ¿Qué dices?

—Bromeaba. Porque me volviste loca: juez, narcotraficante, huido de la Justicia, infiltrado. Madre mía, me volviste loca — argumenté sin borrar mi sonrisa.

—No pienses en eso ahora.

Vamos a tomar algo muy rápido que no quiero perder el vuelo.

—¿Cuándo piensas decirme a dónde demonios vamos?

—Las cosas buenas se hacen esperar — respondió creando en mí todavía más expectación.

Desayunamos a gran velocidad. Yo fui hasta el coche que nos esperaba, con un croissant en la mano. Nos montamos y el chófer nos llevó al aeropuerto. No podía dejar de mirar a mi marido. Sí, mi marido,

ese que tanto amaba, que se había tenido que enfrentar a gran cantidad de peligros con tal de reivindicar la justicia que le había sido negada.

Llegamos a la puerta de la terminal y nos fuimos hacia los mostradores de facturación, entonces descubrí que íbamos a París.

—¿París, Ethan?

—No podía ser otra ciudad.

—Voy a llorar aquí mismo. Me encanta. Estoy fascinada.

Versace... — dije con ironía.

—París no es Versace, Maika.
Jajajaja, ya estás pensando en las
tiendas — bromeó.

—No seas machista. Pero es
inevitable que piense en las
boutiques y en el chocolate de
aquella cafetería junto a los
Jardines de Luxemburgo.

—Sí, y me acuerdo de la cara que
puso el camarero cuando te vio
engullir las crepes.

—Es verdad, qué vergüenza.

Subimos al avión y recliné mi asiento. Ethan me miró fijamente. Quería decirme algo.

—Maika, ¿puedo hacerte alguna pregunta?

—Sí, claro. Pero no me asustes.

—No, no te asusto. ¿Qué queda de tu pasado choni?

—Mucho. No renunciaré jamás a él. Solo hace falta que veas mi lencería y mis zapatos con plataforma.

—No puedo contigo.

—No. No puedes. Y ya has sentido mi famosa patada en los huevos — reí al apuntar aquello.

—Sí. No me lo recuerdes.

El avión surcaba los cielos. Yo miraba por la ventana. Ethan estaba dando una cabezada. Era difícil entender cómo mi vida había cambiado tanto en tan poco tiempo. No podía evitar pensar en el pasado.

No quería hacerlo, pero mi cerebro fabricaba continuamente imágenes. Algunas eran terribles y lo agradecía. ¿Cómo puedo decir que agradecía aquellos malos recuerdos? Porque era la única forma de hacerme saber que debía luchar cada día por la felicidad que ahora me embargaba.

Ethan despertó al cabo de media hora.

—¿No duermes un poco, Maika?

—No puedo. No me apetece, además. Estoy impaciente.

—¿Versace, quizá?

—No seas tonto. Hablo en serio. Estaba pensando.

—Miedo me das cuando dices eso.

—¿Miedo te doy? Estaba acordándome de ...

—He dicho que no quiero escuchar nada de lo que nos ha hecho tanto daño.

—Pienso, sin embargo, que

recordarlo nos advierte de que tenemos que proteger lo que los dos hemos conseguido.

—No te pongas filosófica.

—No se trata de ser filosófica y, aunque tú no me tomes en serio ahora mismo, sé que debo recordar aquello que nos hizo infelices.

—Perdona, Maika. Te estoy tomando muy en serio y no te falta razón cuando defiendes esa idea. Pero entiende también que no pienso lastrar más pensamientos

negativos. Estamos de luna de miel.

Lo besé en los labios y me olvidé de lo que yo había dicho.

Al llegar a París, sentí que volvía al pasado, que volvía a encontrarme con aquella persona que había viajado antes engañada. No quería que Ethan descubriese que yo seguía dándole vueltas a la cabeza. Llegamos al Hotel Opera, en pleno centro de la ciudad, y, tras dejar las maletas, salimos corriendo a explorar la ciudad. Parecíamos dos adolescentes que

se han escapado del instituto.
Llegamos a los Jardines Elíseos
tras un paseo largo entre las calles.
La pirámide del Museo Louvre
quedaba atrás a nosotros.

Nos parábamos cada cinco minutos
para besarnos.

—Te quiero, Maika.

—No lo digas, por favor. No me
gusta. Suena a película romántica.

—¿No te gustan esas películas,
cariño?

—Sabes que no. Dime otra cosa.
Algo que me excite.

—¿Cómo qué? ¿Qué te excita?

—Lo sabes de sobra. Que me digas, por ejemplo, que me vas a hacer el amor dos o tres veces al día a partir de hoy.

—Joder, Maika, que no soy una máquina.

—Me da igual. Miénteme con cosas así. No me digas que me quieres. Eso ya lo sé.

Los jardines brillaban. Su verdor resplandecía mientras nos perdíamos por sus laberintos. Luego caminamos por el centro hasta llegar a los Campos.

—Por aquí estaba Vuitton, ¿verdad?

—Cállate, anda. Disfrutemos del paseo, Ethan.

Lo mejor de París fue que todo me parecía nuevo. Era otra mujer. No era la mujer sometida al engaño. No era esa mujer que sería

perseguida y detenida. Llegamos al Arco del Triunfo y nos abrazamos delante de la Tumba del soldado desconocido.

—¿Tienes miedo, Maika?

—Ya te he dicho que no. No lo tengo a tu lado. Siento que soy otra mujer, Ethan.

—No quiero que seas otra mujer. Quiero a la chica que manché en aquella fiesta.

—No me jodas. Odio aquella época de mi vida.

—No la odies. Tu carácter me enamoró.

—Mi carácter, no. Mi mala leche y estas tetas — ironicé.

—Joder, ya estás destrozando el momento romántico del día.

—Pues, porque no sabes las fotos que he echado en el aseo del avión.

—¡¡Para ya!! — gritó y se separó de mí, riéndose.

Comimos frente a Notre Dame, en La Brasserie de l'Isle Saint—Louis, donde degustamos una exquisita trucha asalmonada con una vinagreta de puerros.

Y ese fue solo uno de los placeres con los que Ethan me deleitó a lo largo de esa semana que estuvimos en París. Podría decir que desayunamos en las mejores cafeterías de la ciudad, que paseamos por las orillas del Sena, que visitamos museos.

Pero estaría mintiendo. Nos hinchamos de follar, de comer y de beber, y fuimos a Eurodisney dos

días. Reímos y chillamos en las atracciones, y me vestí como Elsa en la película Frozen. La gente me miraba extrañada, pero a mí me daba igual hacer el ridículo. Me lo estaba pasando bomba. Además, no me compre un Versace. Me compré tres.

Hay que tener ovarios para ir a París a comprarse vestidos de un diseñador italiano. Me da igual. Lo importante era quemar la tarjeta de crédito de mi esposo.

La última noche en el hotel

estuvimos hablando después de hacer el amor.

—Me da pena dejar esta ciudad. ¡Qué rabia dan las despedidas!

—Es cierto. Pero tenemos que volver a nuestra rutina.

—No me imagino mi vida contigo, Ethan.

—Si se parece un poco a la que hemos vivido en París, será maravillosa — apostilló él con voz suave.

—Ahora sí que tengo miedo.

—¿Por qué? No me digas eso ahora después de lo bien que lo hemos pasado.

—Tengo miedo porque soy feliz, muy feliz, y pienso que no va a durar siempre.

—No seas estúpida, Maika. No seremos felices todo el tiempo, ¿sabes?

—¿Qué quieres decir? — pregunté asustada.

—Que habrá momentos que no seremos felices y serán estos momentos, como los que estamos viviendo en este instante, los que nos hagan volver a serlo.

—Quizá sea así. Quizá...

—No existe el futuro, no existe el pasado, Maika. A lo largo de estos años y después de tanta lucha y tanto sufrimiento, me he dado cuenta de que solo existe el presente.

—Es duro pensar eso, Ethan.

—Lo duro habría sido perderte.
No tenerte a mi lado. No habría
habido presente ni ahora ni nunca.
Maika tú eres mi presente.

Lo besé. Nos abrazamos.
Anocheceía en París y seguramente
una estrella fugaz cruzaría el cielo
al que ascendíamos con solo
mirarnos.

Epílogo

Era nuestro aniversario.

Tres años de casados.

Ethan dormía plácidamente, yo me había acabado de despertar, miré

hacía la cuna y Marta me miró sonriendo, estaba jugando con la muñeca de trapo que tanto le gustaba, no paraba de zarandearla, siempre con una sonrisa, era muy inteligente pese a su corta edad, solo 2 años.

—Bibi — dijo haciendo saber que tenía hambre.

—Ahora mismo bajamos a desayunar, Rosa ya nos lo tendrá preparado — dije sonriendo mientras la cogía para comerla a besos.

—Yo quiero también un beso —
dijo Ethan abriendo los ojos y
agarrándonos a las dos,
tirándonos sobre él.

—Pa, bibi — volvió a repetir
Marta muerta de risa.

—Vamos, cariño — repetí
sonriendo viendo cómo se le caía
la baba con su hija.

Era perfecto, los fines de semana,
podíamos desayunar tranquilos, ya
que de lunes a viernes nos
levantábamos a las 7, Ethan dejaba
a la niña en la guardería y se iba a

su despacho.

Cuando volvimos de la luna de miel, él compró una gran oficina con varios despachos y montó su buffet. El caso de Ethan y su búsqueda por la verdad dio la vuelta a todos los informativos del país, todos hablaban en foros de que era un héroe el hijo del juez asesinado, en parte eso le benefició, aunque no le gustara, al poco tiempo de abrir su buffet, era uno de los que más trabajo tenía de toda la zona, además que los casos más difíciles e importantes iban a buscarlo a él.

—Buenos días, preciosidad — dijo Rosa cuando nos vio entrar en la cocina. Marta le echó los brazos y se fue con ella —. Voy a darle el bibi — ya lo tenía preparado.

El bibi, que no el desayuno. Desde que Marta nació, Rosa parecía que estaba solo y exclusivamente para mi hija. A mí no me importaba, me gustaba hacer las cosas, y estaba tranquila de que Marta estuviese en buenas manos.

Pero cuando mi madre venía, ambas

“luchaban” por el cariño de la niña. Parecían más niñas ellas que mi hija, en el fondo era divertido.

— Hoy llegaré tarde, he quedado con un cliente y el caso es complicado — dijo Ethan cuando nos sentamos a desayunar.

— No te preocupes, te esperaré para cenar. Pero amor, trabajas demasiado. Solo baja un poco el ritmo.

— Sí, lo sé. Al final entrevistaré a gente para que trabajen conmigo, necesito más ayuda, y

quiero estar más tiempo con vosotras.

—Lo estás, tampoco digas como si no nos vieras.

—Nunca será suficiente. Además, ahora que tú estás embarazada de nuevo...

—¿Qué yo qué?!

Este hombre me daba unos sustos de infarto.

— Embarazada, no dije nada extraño.

— Cariño... a ver, amor tripolar, que yo no estoy embarazada.

—Claro que lo estás — le dio un mordisco a su tostada —, otra cosa es que no te hayas dando cuenta.

— Claro, y tú sí — dije irónica.

—Cariño, ¿qué estás tomando?

— Nesquik — dije sin entender la pregunta. Yo siempre tomaba café, sólo Nesquik cuando....

De repente abrí los ojos como platos. No, no podía ser. Me levanté de la silla y fui corriendo a coger mi móvil. Llegué a la cocina con él en las manos.

—Mirando el programa de control del ciclo menstrual, ¿no?

—— Ethan, odio que seas tan listo.

— Y tú eres muy despistada. Pero no es malo, cariño, para eso estoy yo.

—¿Controlas mis periodos? — no

me asombraría.

— Si no lo hiciera yo... Solo estás de una falta, pero ya hay que empezar a cuidarse. Mañana tienes cita en el ginecólogo.

— ¿Me has cogido cita?

— Claro — para él era lo más normal —, hay que tener todo bajo control. Que luego pasa algo y a mí me da el infarto.

— A la que le va a dar el infarto es a mí. ¿Tú crees que es normal cómo me estoy enterando que

estoy embarazada?

— Bueno, lo nuestro nunca ha sido normal. Además, tendremos anécdotas que contarles a nuestros hijos.

— Ceporro maniático —
refunfuñé —, me iré a hacer una prueba de embarazo.

— Están en el baño, compré dos ayer.

Lo miré con los labios fruncidos, después de todo, ¿iba a extrañarme?

Diez minutos después le di la prueba de embarazo, yo no la había mirado, y su enorme sonrisa me hizo saber que él tenía razón.

— Felicidades, mamá — me abrazó y me besó, la alegría en sus ojos.

— Felicidades, papá — sonreí —. Sabes que te quiero, ¿verdad?

— ¿Aunque sea tripolar?

—— No te cambiaría por nadie.

Nos besamos de nuevo.

Era cierto, no cambiaría mi vida por nada. Era feliz, aunque mi amor me sacara de mis casillas. Tenía al mejor hombre del mundo a mi lado, a mi hija y esperando un segundo hijo.

No podía pedirle más a la vida, solo podía agradecerle que pusiera al amor de mi vida en mi camino.

Agradecimientos.

Esta novela se la dedicamos a
Magy y Calu, sois las mejores.
Gracias por estar siempre ahí. ¡Os
queremos!

Norah Carter — Monika Hoff —
Patrick Norton.